

PREMIO
ERASMUS UN MILLÓN

A lo largo del curso 2002-03, el programa Sócrates/Erasmus, cuyo objetivo es la movilidad de estudiantes y profesores para crear una conciencia de ciudadanía europea, se alcanzó la cifra de un millón de estudiantes que desde el inicio del mismo en 1987, se han beneficiado de una beca Erasmus.

La Comunidad Europea, consciente de la importancia de la cifra alcanzada, ha querido organizar, para celebrarlo, una serie de eventos en Bruselas y ha instado a las Agencias Nacionales y a las Universidades a que lleven a cabo en sus propios países otros de carácter similar.

Entre las actividades desarrolladas por la Agencia Erasmus Española, cabe destacar, por su contenido y los resultados obtenidos, la convocatoria de un concurso literario y fotográfico en el que participaron la totalidad de las universidades españolas.

PREMIO ERASMUS UN MILLÓN

Convocado por la Agencia Española Erasmus
(Consejo de Coordinación Universitaria)
con el apoyo de la Comisión Europea



2003



Educación y Cultura

Esta publicación ha sido financiada con fondos de la Comisión Europea
Dirección General de Educación y Cultura
(Enseñanza Superior: Sócrates / Erasmus).



Edita: **MINISTERIO DE EDUCACIÓN, CULTURA Y DEPORTE**
CONSEJO DE COORDINACIÓN UNIVERSITARIA
AGENCIA NACIONAL ERASMUS

Publicado en Madrid, Diciembre 2003.
NIPO: 176-03-232-6
Dep. Legal: M-44648-2003
Imprime: OMAGRAF, S.L.
Humanes - Madrid

Nuestro agradecimiento a todas las personas que con su esfuerzo y entusiasmo han hecho posible esta publicación.

Agencia Nacional Erasmus

Para los que formamos parte del mundo universitario, es una satisfacción llegar a celebrar la cifra de Un Millón de estudiantes Erasmus.

Ello quiere decir que el Programa ha triunfado en las Universidades de toda Europa y es, en cierto modo, un espejo donde se miran otros países fuera del ámbito europeo, que desean poder participar en experiencias semejantes.

Detrás de estas cifras está el esfuerzo de mucha gente. Entre aquellos pocos estudiantes que participaron en España en la primera convocatoria del año 1987, que no llegaban a 300, y los

más de 17.000 del pasado curso 2001-2002 median un gran esfuerzo y elevadas dosis de ilusión por parte de todas las instancias que apoyan el Programa, que creen en los beneficios de la movilidad de estudiantes y profesores como instrumento para la mejora de la calidad de la enseñanza.

En el presente curso 2002-2003, se alcanzará la cifra de 1 millón de estudiantes Erasmus en toda Europa, de los cuales 130.000 son españoles.

Las Universidades, las Comunidades Autónomas, algunas Instituciones privadas y el Ministerio de Educación, Cultura y Deporte han aportado sus recursos humanos y materiales para la mejora de los resultados del Programa.

Este Ministerio, particularmente, ha apostado por la movilidad y prueba de ello es el esfuerzo presupuestario que se viene haciendo, año tras año, para complementar las ayudas económicas que reciben los estudiantes.

A través de las encuestas realizadas, en-

cuentros y conversaciones con los estudiantes se deduce que existe un alto grado de satisfacción de la experiencia Erasmus, sobre todo por lo que respecta a su madurez y enriquecimiento personal. Buena prueba de ello son los trabajos presentados al Concurso "Erasmus 1 millón", una muestra de los cuales aparece en esta publicación.

Reitero mi felicitación a los premiados e insto a los responsables del Programa a seguir trabajando con entusiasmo renovado, para poder celebrar de aquí a unos pocos años el Estudiante Erasmus Dos Millones, por lo menos.

JULIO IGLESIAS DE USSELL
Secretario de Estado



El programa Sócrates/Erasmus, que tiene como principal objetivo la movilidad de estudiantes y profesores para crear una conciencia de ciudadanía europea, al tiempo que se promueve la calidad de los sistemas educativos en los Estados Miembros, y que hermana a 1.800 Instituciones de Enseñanza Superior de 30 países europeos, alcanzará a lo largo del curso académico 2002/03 la cifra de un millón de estudiantes que, desde el inicio del mismo en 1987, se han beneficiado de una beca Erasmus. Esto supone un logro importante para la Unión Europea, las Instituciones de

Enseñanza Superior y las Agencias Nacionales.

Aunque, en términos relativos, los estudiantes Erasmus representan sólo un pequeño porcentaje de la población estudiantil, lo cierto es que en el año 2002 un millón de jóvenes habrán vivido una experiencia europea gracias al programa Erasmus, el más conocido de todos los programas comunitarios.

España ha participado hasta la fecha con unos 130.000 estudiantes, cifra que la sitúa en el segundo puesto en el conjunto europeo en términos absolutos en lo que respecta a movilidad de estudiantes.

La Comunidad Europea, consciente de la importancia de la cifra alcanzada, ha querido organizar, para celebrarlo, una serie de eventos en Bruselas y ha instado a las Agencias Nacionales y a las Universidades a que lleven a cabo en sus propios países otros de carácter similar.

Esta celebración ha coincidido con los nuevos cambios producidos en el seno del Programa Erasmus y con la aparición de la Carta del

Estudiante Erasmus, que supone el inicio de una nueva etapa en su andadura.

Entre los eventos organizados por la Comisión Europea en Bruselas, destaca la Semana Erasmus, del 21 al 27 de octubre de 2002, durante la cual se celebraron mesas redondas, conferencias, reuniones, representaciones teatrales, conferencias de prensa, exposiciones, etc., a las que fueron invitados 30 estudiantes Erasmus, en representación de cada uno de los países participantes en el Programa, junto a responsables de los Ministerios de Educación, Instituciones Europeas, Universidades, Asociaciones de Estudiantes, medios de comunicación, el Subcomite de Enseñanza Superior Sócrates y las Agencias Nacionales.

También, en el plano nacional, se organizaron por parte de las Agencias Nacionales y las Universidades, en el contexto de las actividades de información, una serie de actos encaminados a la celebración de la Semana Erasmus en todos los Países Miembros, cuyo objetivo era incremen-

tar la participación en el Programa en términos cuantitativos, subrayar sus logros y poner de manifiesto su valor añadido.

Entre las actividades desarrolladas por la Agencia Nacional Española, cabe destacar, por su contenido y los resultados obtenidos, la convocatoria de un concurso literario y fotográfico en colaboración con la Universidad Complutense de Madrid; en él participaron todas las Universidades españolas.

El concurso estaba dirigido a todas las personas de nacionalidad española que hubieran disfrutado o estuvieran disfrutando de una estancia Erasmus, desde la creación del Programa, en el año 1987, hasta el curso 2002/03. Los participantes debían hacer constar la Universidad de origen, la de destino y el área de estudios cursados durante su estancia Erasmus. Los ganadores debían demostrar su condición de (ex)estudiantes Erasmus mediante una acreditación de su Universidad.

Tanto las fotografías (trabajo original en

formato JPG o TIFF de tamaño no superior a 1,4 Mb y con título identificativo) como los relatos cortos (trabajo original en formato texto entre 1.000 y 3.000 palabras) debían versar sobre el tema *La Experiencia Erasmus* y podían ser enviados en cualquiera de las lenguas cooficiales del Estado, acompañados, en su caso, de la correspondiente traducción al castellano. Cada una de las modalidades estaba dotada con un único premio de 1.500 €, si bien estaba previsto en las bases que el jurado podía declarar el premio *ex aequo*.

Uno de los puntos más originales, en consonancia con el objetivo de Sócrates II de promover el uso de las Nuevas Tecnologías, fue que los trabajos debían ser enviados exclusivamente por correo electrónico; con ello, se perseguía facilitar la participación de los estudiantes que estuvieran fuera de España.

El éxito de la convocatoria fue absoluto, pues se recibieron 224 trabajos literarios y 604 fotográficos al final del plazo (4 de noviembre de 2002 a las 12:00 horas). La calidad de dichos tra-

bajos queda reflejada en el tiempo que mereció al jurado su evaluación (hubo que retrasar una semana el fallo) y en el hecho de que el jurado literario recomendó dar dos premios de 1.500 € cada uno, en vez de uno solo *ex aequo*, sugerencia que fue aceptada por la Agencia Nacional, por lo que hubo dos ganadores del concurso de relato corto y uno del de fotografía.

La participación en el concurso implicaba que los ganadores debían acudir personalmente al acto de entrega de premios, que se realizó el día 11 de diciembre de 2002 en el Salón de Actos del Ministerio de Educación, Cultura y Deporte.

En razón de la calidad de los trabajos recibidos y dado que la Agencia Nacional se reservaba la posibilidad de incluir parte de ellos en un volumen (base décima de la convocatoria), se decidió recoger en esta publicación una muestra de dichos trabajos, que incluye no sólo los de los tres ganadores, sino aquellos otros que a juicio del jurado merecían ser publicados.

ÍNDICE

Carlos Seoane, "El camino hacia el millón"	23
--	----

TRABAJOS PREMIADOS

Raúl Ayuso Mozas Premio Literario <i>Anna</i>	35
Isabel María López Campos Premio de Fotografía <i>La mano del Erasmus</i>	51
Isabel María López Campos <i>La Mano del Artista (Serie)</i>	53
Belén Hernández González Premio Literario <i>La rosa cifrada</i>	59

OTROS TRABAJOS

Marta Baraja Anitua	
<i>Sin título</i>	73
Imanol Allende Vega	
<i>Cuentos del convento</i>	75
Ricardo Barbosa García	
<i>Sin título</i>	93
Anna María Bofarull Galofré	
<i>¿Por qué Picasso pintaba en azul?</i>	95
Francisco Berreteaga Escudero	
<i>No todo son-risas</i>	103
Sergio Camacho Fernández	
<i>Diez mil pasos en la arena (relato de una vida, en un día)</i>	105
Natalia Matamala Hidalgo	
<i>Definición de la añoranza</i>	121
Daniel Cuevas Linera	
<i>Nota para un epílogo al cuaderno negro de Berlín</i>	123
Guillermo Muñoz Estrada	
<i>Ellos son lo importante</i>	141
Inés Gil-Delgado Armada	
<i>Lecciones de vida</i>	143

Nerea Portuondo Murgiondo	
<i>Recuerdos de la Playa de Ostia</i>	155
Eduardo Lamparero Esteban	
<i>Tú, yo y Roma</i>	157
Francisco Puerto Romero	
<i>Contrastes</i>	175
Xavier Valls Guinovart	
<i>Relojería y revolución</i>	177
Danny Sánchez López	
<i>No existe el camino recto</i>	189
María Teresa Zarrabeitia Marín	
<i>Recordando Viena</i>	191
Miembros del Jurado.....	201

EL CAMINO HACIA EL MILLÓN

"Travel is fatal to prejudice, bigotry and narrow-mindedness, all foes to real understanding.

Likewise, tolerance, or broad wholesome charitable views of man and things cannot be acquired by vegetating in one's little corner of the Earth all one's lifetime".

Mark Twain

¿Hemos fallado?

El programa ERASMUS comenzó con el objetivo de lograr que el 10% de los estudiantes de las universidades europeas pudiesen efectuar parte de su carrera en una universidad de otro país de la Unión. No hemos logrado aún esa cifra y tal vez nunca la alcancemos. Pero hemos conseguido que un millón de jóvenes europeos hayan estudiado en otros países, conocido sus sistemas educativos, hablado sus idiomas, vivido con sus gentes. Hemos creado el primer millón de verdaderos ciudadanos europeos y eso no es, ni mucho menos,

un mal resultado para una Unión Europea que se creó sin competencias en materia educativa.

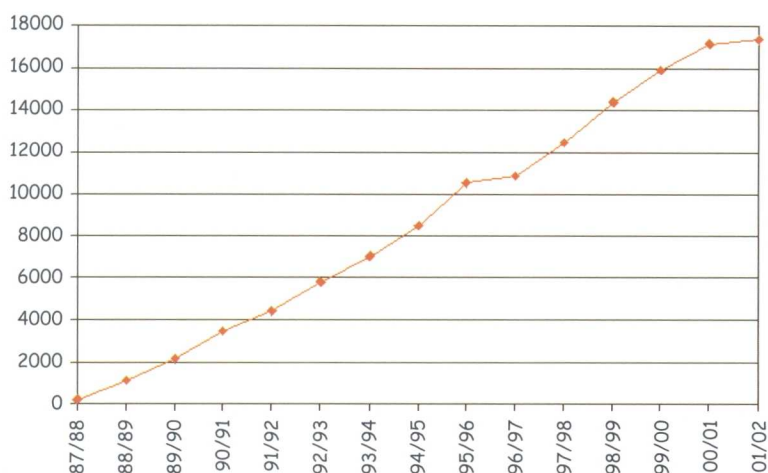
Un número importante de estos jóvenes europeos terminan integrados en el mundo laboral del país de su estancia ERASMUS y se sienten tan cómodos como en el suyo propio. Muchos han formado familias, que ya ni siquiera podemos llamar internacionales, como resultado de su vivencia ERASMUS. Algunos, incluso, se han convertido en profesores de la universidad a que ERASMUS les llevó. ¿Hay mejor modo de hacer Europa?

Todo comenzó en 1987, con un puñado de estudiantes tan adelantados como valientes. España acababa de incorporarse a la Unión Europea, pero participó enseguida en las actividades ERASMUS, con el establecimiento de aquellos primeros ICPs que fueron el modelo sobre el que SÓCRATES construiría luego el Contrato Institucional.

Casi todas las universidades españolas participan hoy en SÓCRATES/ERASMUS; de hecho, tras un rápido crecimiento en el número de intercambios, nuestro país ha pasado a ser uno de los

primeros de Europa en volumen de intercambios. Unos 130.000 estudiantes, del millón total, son españoles:

MOVILIDAD DE ESTUDIANTES ESPAÑOLES ERASMUS



Esta actividad se amplía hoy a los países europeos no comunitarios procedentes de TEMPUS, hasta alcanzar un total de 31; con todos ellos, participamos en SÓCRATES/ERASMUS. Alemania, Reino Unido, Francia e Italia concentran una mayoría de nuestros intercambios estudiantiles. Ojalá el intercambio de profesores

crezca pronto a un ritmo comparable y logre una completa integración europea en la que los alumnos han sido pioneros.

Las universidades españolas son, y fueron desde el principio, muy conscientes de la necesidad de incorporarse a ERASMUS, abriendo con ello una presencia europea de la que aún estábamos necesitados. Muchas universidades partieron literalmente de la nada, e incluso tomaron la iniciativa y organizaron por primera vez oficinas que pudiesen gestionar ERASMUS. En otros casos, fue la iniciativa, valiente y generosa de algunos profesores con experiencia internacional la que permitió crear los primeros ICPs ERASMUS. Estos aspectos iniciales están en el origen de los primeros contactos firmes de la universidad española con Europa y con el mundo, una ambiciosa empresa sin precedente en nuestra historia.

Junto al esfuerzo de las universidades, la pronta creación de la Agencia Nacional ERASMUS, en el seno del Consejo de Universidades, hoy Consejo de Coordinación Universitaria, ofreció un instrumento de gran eficacia para gestionar el Programa y sus recursos económicos. La

Agencia tiene, además, un papel fundamental al articular nuestra presencia en los foros de la Unión Europea y en nuestra integración en un sistema universitario europeo con millares de instituciones de educación superior y más de 10 millones de estudiantes. Que el excelente, pero muy reducido, equipo humano de la Agencia pueda lograr su eficacísima gestión es un milagro que siempre agradeceremos y que tal vez un día alcancemos a entender.

Y es que la ejecución de esta movilidad e integración educativa para este primer millón, y los millones sucesivos, no puede lograrse sin financiación; para ello, es preciso disponer de los recursos necesarios. Aunque la Comisión Europea aporta a SÓCRATES/ERASMUS una financiación significativa, el alto y creciente número de intercambios hace que la beca ERASMUS no llegue ni siquiera a cubrir los costes adicionales de estudios en otro país. Por fortuna, las propias universidades españolas, las Comunidades Autónomas, el Ministerio de Educación y algunas instituciones privadas aportan a nuestros estudiantes ERASMUS una cantidad igual o mayor que la propia "beca de

Bruselas". En cierto sentido, esta necesidad ha tenido un efecto positivo en España, pues la consecución de fondos de origen nacional ha sensibilizado a las instituciones para contribuir a la política europea del sistema universitario español.

Este libro es una clara muestra de ese éxito. La Agencia Nacional ha querido celebrar este millón de ERASMUS, una magnífica idea de la Comisión Europea, y ha animado a todas las universidades a sumarse a ella en la realización de actividades tanto académicas como lúdicas. De ese modo, se ha ofrecido una ocasión para el encuentro de los ERASMUS de toda Europa en nuestras universidades como también para los ex-ERASMUS españoles, ya de vuelta con nosotros y felices de revivir su experiencia¹.

1. Los estudios realizados muestran de forma sistemática no sólo el recuerdo inolvidable, sino también las consecuencias positivas en todos los sentidos, incluso el laboral, que la experiencia ha supuesto para los estudiantes ERASMUS. Y ello tanto en el ámbito español como en el europeo:

- Teichler, U. (ed.) "ERASMUS in the SÓCRATES Program: Findings of an Evaluation Study", ACA Papers, Lemmans Verlags, 2002.
- L.S. Schuhmacher "Análisis de los Informes de los Estudiantes SÓCRATES/ERASMUS", curso 2000-2001, Consejo de Coordinación Universitaria, 2002.

Todos hemos participado y la Universidad Complutense ha estado encantada en colaborar en una de las más acertadas iniciativas de la Agencia: los concursos de fotografía y de relatos para estudiantes ERASMUS y "ex-ERASMUS". La excelente respuesta obtenida prueba hasta qué punto ERASMUS ha calado en los jóvenes universitarios que han tenido el privilegio de beneficiarse del Programa. La calidad de las obras que este volumen recoge, algunas de ellas excepcionalmente brillantes, nos permite disfrutar de una nueva dimensión, esta vez de orden estético, con que ERASMUS nos regala.

Gracias, en nombre de la Agencia Nacional y de las universidades españolas, a todos los que, premiados o no, habéis participado.

Madrid, Marzo de 2003

CARLOS SEOANE
Vicerrector
Universidad Complutense

TRABAJOS PREMIADOS



RAÚL AYUSO MOZAS

Premio Literario

Institución de Origen:

Universidad de Zaragoza

Facultad de Derecho

Institución de Destino:

Università degli Studi di Bologna

(Italia)

ANNA

"En Bolonia la lluvia se acuesta temprano.

En Bolonia nunca llueve de noche"

Son palabras de una vieja canción italiana. El hecho es que, aquel día en Bolonia, la noche y la lluvia se reunieron como viejas amigas y estuvieron riéndose de mí mientras yo, empapado, corría tratando de adivinar el motivo por el que en una ciudad con cuarenta kilómetros de pórticos yo era incapaz de recorrer sin mojarme los doscientos metros que separaban la casa de Karsten de la mía.

Karsten es alemán. Lo dicen su carnet de identidad, su pasión por la cerveza y una curiosa

forma de pronunciar la erre. Creo que además es muy puntual, aunque no podría asegurarlo debido a mi horrible costumbre de llegar a todos los lugares al menos quince minutos tarde. Estudia Filosofía y es capaz de elaborar teorías disparatadas sobre cualquier asunto. Aquella misma tarde me había expuesto la razón por la que tomaba la cerveza exclusivamente en jarra. Sólo así, según él, la cerveza adquiriría una forma sensualmente atractiva: rubia, grande, capaz de hacerte perder la cabeza. Ya me había convencido cuando llegó Chiara, su novia, una siciliana, menuda, morena, de ojos oscuros y brillantes. Karsten entonces explicó cómo siempre bebía el vino en vaso pequeño "para que su tacto fresco, su gusto dulce y su color rojizo le recordaran la pequeña boca de Chiara". La perfección del italiano con que dijo la frase hacía adivinar que ésta no era improvisada, pero sirvió para que Chiara le regalara un beso. Yo entonces me despedí y me adentré en la noche lluviosa tratando de memorizar la frase de Karsten.

Los domingos por la noche solía acudir al

cine universitario, una vieja sala donde proyectaban habitualmente antiguas películas italianas. Aquella noche la película era de Fellini, ¿o era de Bertolucci? No llegué a descubrirlo: la lluvia hizo que prefiriese permanecer en casa.

Roberto no está en casa ningún domingo. Los fines de semana acude a Molinella, un pequeño pueblo cercano a Bolonia donde viven sus padres, y no regresa hasta el lunes por la mañana. Aquel fin de semana Roberto tenía que estudiar y había preferido quedarse. Roberto es uno de mis compañeros de apartamento. Tiene veinticinco años, una moto vieja y una melena rubia muy descuidada que da a su cabeza una desordenada imagen exterior que se corresponde perfectamente con un tremendo alboroto interior. Estudia arte. Es pintor o escultor o escritor o poeta o joven revolucionario o malabarista dependiendo de si hace frío o calor, de si es sábado o martes, de si gana el Inter o pierde. Jamás acaba nada de lo que empieza, aunque todos sus comienzos suelen ser brillantes. Es la imagen humana de San Petronio, la "catedral incompleta" de Bolonia.

Roberto había estado estudiando con Giorgio, un compañero de facultad, pero cuando llegué habían decidido descansar y ver una película de Passolini que Giorgio había alquilado en el videoclub. Siempre procuro evitar ver películas en la destartalada televisión en blanco y negro que Tiago, el otro ocupante de la casa, había comprado en un rastrillo de segunda mano, después de que Gonzalo, un amigo suyo y portugués como él, rompiera la anterior televisión tras emborracharse en una cena que preparamos en casa para celebrar el cumpleaños de Astrid, una austriaca que vive en la misma residencia que Gonzalo y que hace prácticas en el mismo laboratorio que Tiago, quien, por cierto, había ido a Roma a pasar unos días con un grupo de amigos. Esa noche, sin embargo, no estaba dispuesto a renunciar a mi película de los domingos, así que me quede con Roberto y Giorgio a ver *El Evangelio según San Mateo*.

Durante la película Roberto decidió que su vocación era la de director de cine; luego afirmó que había nacido para ser un ermitaño, y acabó

pensando que no estaría nada mal un trabajo como acomodador en un cine. Mientras Roberto decidía su futuro, Giorgio, que por lo visto era un cinéfilo terrible, me estuvo haciendo infinidad de preguntas sobre el cine español. Yo, naturalmente, respondí a todas, aunque para ello tuve que hablar de películas que no conocía, opinar sobre otras que no había visto o inventarme algunas fechas y nombres; todo para no parecer demasiado inculto. Que Buñuel me perdone. Al final parece que superé el examen, porque Giorgio me propuso asistir al día siguiente a una conferencia en la que proyectarían una película de Jean Luc Godard. Giorgio, para qué esconderlo, me parecía un tipo insoportable. Hablaba de una forma casi incomprensible, con palabras técnicas y pedantes aderezadas con un extraño acento (¿sería napolitano?) que las hacía indescifrables. Hubiera preferido soportar cuatro horas consecutivas la horrenda programación de la RAI que permanecer con él cinco minutos más. Pero acepté. ¿Por qué? Porque tenía la esperanza de que Cecile, una bellísima francesa rubia que María (menos bella,

menos rubia y nada francesa, ya que era de Granada) me había presentado la semana anterior y que estudiaba cinematografía, fuese a la conferencia.

Cecile no fue a la conferencia. Nadie fue a la conferencia. De hecho, no hubo conferencia. Había sido la semana anterior. Solo apareció Giorgio y Frederick, un holandés descuidado que, como yo, se había dejado engañar por Giorgio. Frederick sólo hablaba inglés. Me pregunté cómo habría podido Giorgio convencer a un holandés que sólo hablaba inglés para ir a ver una película en francés con subtítulos en italiano. ¿Conocería también Frederick a Cecile? En otra ocasión quizás hubiese huido antes de tener que hablar en inglés; sin embargo, aquel día me armé de valor e intenté mantener una conversación con él, intento que abandoné al ver reflejado en el rostro de Frederick un terrible esfuerzo, no sé si por intentar entender mi lamentable inglés o por aguantar una carcajada ante mi "I am espanis". Me despedí pronunciando lo mejor que pude "bye bye" y me fui a la biblioteca.

“La biblioteca” es una cafetería cercana a la universidad donde se pueden tomar los mejores cappuccinos fríos de toda Bolonia por algo menos de 2.000 liras, es decir, algo menos de 163 ptas.; es decir, algo menos de 0,98 €. Siempre suele haber alguien conocido; al menos estaría Pierre, un belga bohemio que se pasa el día escribiendo poemas en una mesa de la cafetería donde decía haber encontrado, por fin, la inspiración. Yo, por el contrario, no encontré a nadie. Ni siquiera a Pierre. Decidí volverme a casa. Lo normal habría sido volver en el autobús, en la línea 14 “Due Madonne-Borgo Panigale”; en cambio, preferí volverme a pie. Bolonia poseía aquella tarde una belleza elegante y acuosa que solo algunas ciudades tras una noche de lluvia y algunas mujeres recién salidas de una ducha pueden lucir con encanto.

Fue en ese paseo de vuelta a casa cuando me encontré nuevamente con Frederick, el holandés. Me saludó con un gesto con la mano. Le devolví el saludo con un gesto con las cejas. Me mostró un panfleto que llevaba entre las manos:

"Lunes. Fiesta Española. Pub Vicolo". Le agradecí la información con una sonrisa. Nos despedimos con otro gesto. Un tipo simpático este Frederick.

No acostumbraba a acudir a las fiestas españolas. No había recorrido dos mil kilómetros para beber sangría mal hecha mientras escuchaba las mejores sevillanas de Manolo Escobar. Aquella noche, sin embargo, no sé si por un arrebato de nostalgia o por el temor de hallar nuevamente a Giorgio en casa, decidí acudir a la fiesta. Allí me encontré a María. María, creo que lo he dicho ya, es de Granada. Habla perfectamente inglés, francés e italiano; en cambio, el español lo habla con un acento andaluz fortísimo. Su facilidad para aprender idiomas proviene de una desmesurada necesidad de hablar. Su facilidad para conocer gente proviene de la necesidad de encontrar alguien con quien hablar. María habla en cualquier lugar con quien sea de cualquier cosa. Creo que María conoce a toda Bolonia, o al menos ha hablado con toda Bolonia. Antes de que tuviera tiempo de pedir una cerveza, ya me había presentado a medio bar; antes de que diera el primer

sorbo, ya había desaparecido dejándome junto a un gallego que estudiaba Medicina y a una canadiense que no llegué a entender lo que hacía. Los nombres los había olvidado. Nunca recuerdo los nombres. Tampoco los números de teléfono, los cumpleaños, los reyes godos o las capitales de estado. Tengo una memoria terrible. Por cierto, ¿qué les estaba yo contando a ustedes? Ah, sí. Estaba junto al gallego y la canadiense de nombres desconocidos sin saber muy bien qué hacer, hasta que descubrí en sus ojos una mirada comprensiva que me dio a entender que ellos habían sido igualmente víctimas de la voracidad lingüística de María y que en realidad tampoco se conocían entre sí. Comenzamos entonces los tres una apasionante conversación sobre el tiempo. La canadiense sostenía que había hecho un día fresco pero no mucho; en cambio, el gallego defendía que el día había sido cálido pero no demasiado. Yo, menos radical, me limitaba a asentir con la cabeza. Entonces se unió a la conversación un inglés que afirmó haber oído en la radio que los próximos días las temperaturas subirían. El

inglés, animado por el halo de autoridad que le había dado esa declaración casi profética, aprovechó para presentarse, lo que me sirvió para saber que el nombre de la canadiense era Sarah y el del gallego Carlos. El nombre del inglés no llegué a entenderlo porque, mientras lo decía, un español envalentonado había comenzado a beberrear tras de mí el estribillo de una canción de Camilo Sesto.

El caso es que el inglés debía de estudiar Derecho, como yo, porque al día siguiente me topé con él en clase de "Diritto processuale italiano". En realidad me topé con un tipo que me decía "Ciao, Raúl" con acento inglés. Solo después de un momento de reflexión llegué a reconocer en él al profético inglés de la noche anterior. No sé si he dicho que tengo una memoria terrible. Nos volvimos a encontrar en el comedor universitario. El inglés estaba sentado en una de las mesas acompañado de otros dos estudiantes ingleses. Me invitaron a sentarme con británica amabilidad que yo traté de corresponder con española simpatía. Durante la comida hablamos del Derecho

inglés, de las mujeres españolas, de la política italiana... y acabamos brindando por la eliminación de Francia en el Mundial de fútbol. Quedamos para vernos después en una cafetería. *Five o'clock, of course.*

Cuando llegué, a las cinco y veinte, los ingleses se debían haber ido ya cansados de esperar. En cambio encontré a Juan y Miguel. Juan creo que fue el primer amigo que hice en Bolonia. Compartimos durante cinco días una deteriorada habitación del albergue juvenil mientras los dos buscábamos apartamento. Juan había llegado una semana antes de México con Miguel, que ya había encontrado casa cuando yo aparecí. Al quinto día, yo también encontré un sitio mientras Juan empezaba a cansarse de recorrer las calles rebuscando carteles que ofreciesen una habitación y de hojear los periódicos subrayando teléfonos que siempre contestaban con una negativa. Finalmente también Juan encontró su apartamento, aunque estuvieron a punto de botarle por el alboroto de la fiesta que organizó para celebrarlo. Juan y Miguel me dijeron que estaban a punto

de marcharse porque a las cinco y media había una pequeña representación teatral en Piazza San Francesco. No sé por qué les acompañé. Sabía perfectamente el tipo de espectáculos a los que solían acudir. Arte figurativo conceptual contemporáneo, creo que lo llaman. La representación consistía en un hombre hablando durante media hora a una tostadora de la relación entre el ente y la materia en la filosofía kantiana. He olvidado decir que el hombre vestía con una falda a cuadros y una chaqueta militar.

Según Miguel era una metáfora de la soledad del individuo en la sociedad moderna.

Según Juan, un alegato contra el absurdo del militarismo.

Según mi opinión, un suplicio.

Sin embargo fue allí donde me presentaron a Anna, compañera de piso de Miguel. Hoy, recordándolo me planteo que, si no acompañé a Juan y Miguel a la representación, o si no llego veinte minutos tarde a la cafetería, si el inglés no escucha en la radio que al día siguiente subirían las

temperaturas, si María no me presenta a Carlos y Sarah, si vuelvo a casa en autobús, si no me decido a hablar inglés con Frederick o no acudo a la invitación de Giorgio, si Cecile no estudia cinematografía, si no veo la película de Passolini en la destartalada televisión de Tiago, si Roberto no tiene examen y si, sobre todo, las canciones dijese la verdad y en Bolonia no lloviese nunca de noche, quizás nunca hubiese conocido a Anna. Preciosa Anna. Maravillosa Anna. Increíble Anna, que será el gran amor de mi vida.

Pero eso es ya otra historia.



ISABEL MARÍA LÓPEZ CAMPOS

Premio de Fotografía

Institución de Origen:

Universidad Complutense de Madrid

Facultad de Bellas Artes

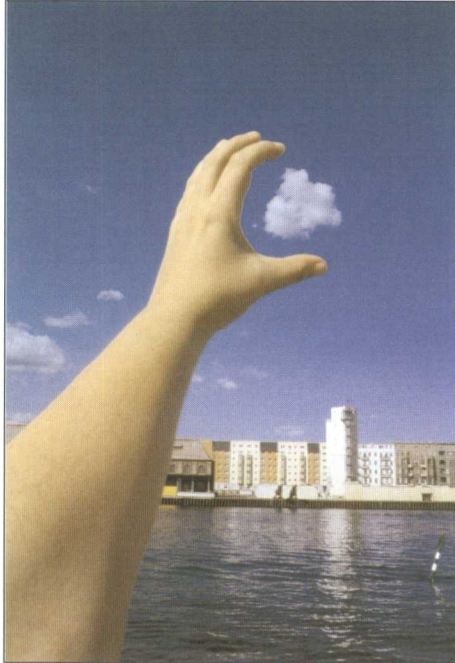
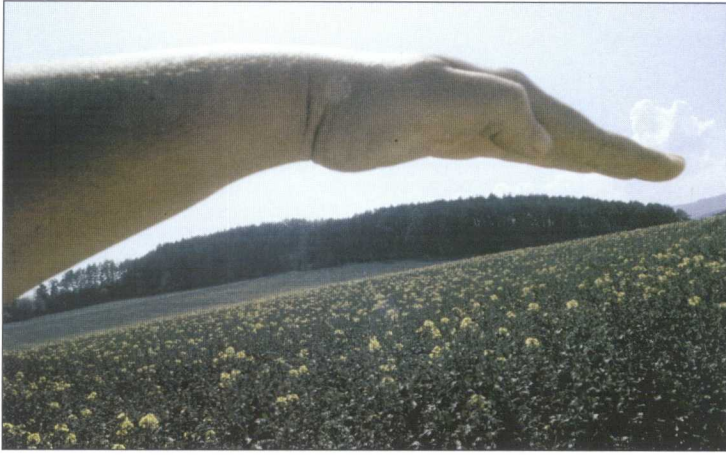
Institución de Destino:

Universität Gesamthochschule

Kassel (Alemania)

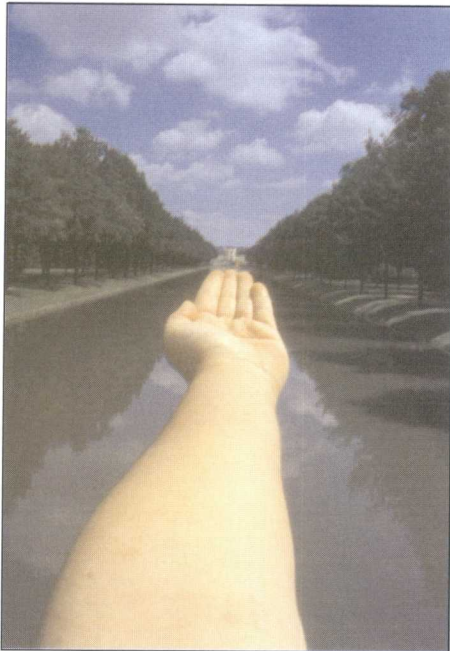
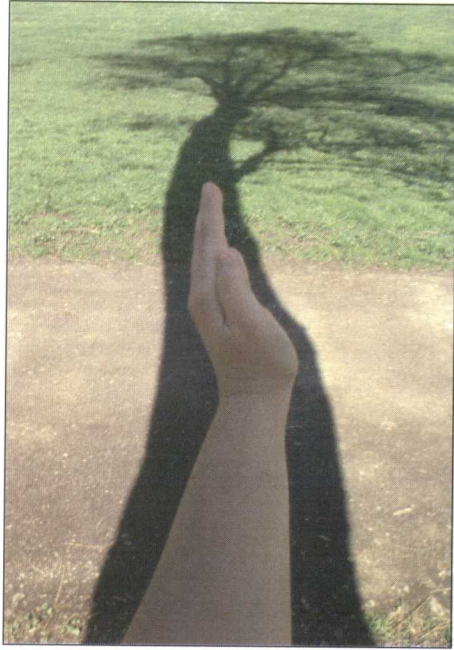


LA MANO DEL ERASMUS,
fotografía premiada
de la serie "La mano del artista".



De la serie "La Mano del Artista"
ISABEL MARÍA LÓPEZ CAMPOS

De la serie
"La Mano del Artista"



ISABEL MARÍA
LÓPEZ CAMPOS



BELÉN HERNÁNDEZ GONZÁLEZ

Premio Literario

Institución de Origen:

Universidad de Murcia

Facultad de Letras

Institución de Destino:

Università degli Studi di Torino

(Italia)

LA ROSA CIFRADA

*"Hay en el aire la increíble fragancia
de las rosas del Paraíso"*

J.L. Borges (*La cifra*)

Nieve apilada en soportales como cavernas blancas y brumosas. Ruido de trenes en la plaza, donde un caótico baile de faros encendidos luchaba por abrirse camino contra la neblina húmeda. Calles semidesiertas, con aire afilado y chispeante, capaz de cortar la piel de la cara. Estatuas grises tristes por el invierno: una de Nietzsche enloquecido aquí; otra en piedra bruta, parecida a una gruta inacabada; la tercera imponente como una mole, pero sola y silenciosa.

Al acabar el día, la llegada a la estación de

Turín y el deambular por los alrededores buscando un lugar para dormir me habían causado desazón. Un lugar tan lúgubre en apariencia no presagiaba signos de buen augurio, y sin embargo, cuando seis meses después me despedí del profesor de Filosofía Teorética, sopesé cada una de sus palabras como si se tratase de un criptograma y, prendido de la cadencia de su voz, me fui con la sensación de llevar conmigo el más valioso de los dones.

Recuerdo que en la residencia de estudiantes encontré a Pablo, Francisco y Ana, de Granada, y a Esther y Alicia, de Barcelona; todos formaron una piña en cuanto se conocieron, esto es, un par de días antes de mi llegada. Para ellos los planes de estudios, las asignaturas y los trabajos de la universidad eran solo un tema del que hablar, igual de importante que confesarse sus vidas o discurrir sobre el futuro. Ya conocía esta actitud ibérica de criticar todo lo ajeno sin mover un dedo, así es que decidí no dedicarles demasiado tiempo. Yo necesitaba estudiar para sacar adelante mi tesis; tenía el tiempo justo para

seguir el cuatrimestre y localizar una extensísima bibliografía que traía reseñada en una lista... Además tenía que viajar de vez en cuando a Bolonia, que era donde realmente yo hubiera querido ir, porque allí había una biblioteca estupenda y un curso monográfico que recogía casi todos mis intereses de entonces.

Aquella sensación de estar en el lugar equivocado se acentuó cuando conocí a Beatriz, precisamente en mi primera visita a Bolonia. Ella hablaba suavemente, con pocas palabras, y yo la escuchaba como si oyera italiano por primera vez; no era muy guapa, ni contaba cosas extraordinarias, pero me hacía reír a cada momento y cuando me miraba me hacía sentir como si fuera el único capaz de percibir su intensidad.

Había quedado con Beatriz el fin de semana siguiente, pero ella me llamó con una excusa y entonces, sumido en el desánimo más absoluto, recorrí la avenida Unione Sovietica hasta el centro, intentando distraerme por primera vez en aquella inhóspita ciudad. Un sol transparente blan-

queaba los rincones helados; en via Po se atrevieron a sacar mesas floreadas al abrigo de los pórticos y muchos puestos de libros atraían a los paseantes del domingo. Los títulos más llamativos se referían a un vértice de magia situado en Turín y un sinfín de leyendas y ensayos sobre las fuerzas en lucha de la magia negra y la magia blanca, localizadas en lugares concretos de la ciudad.

Horas más tarde tropecé con el lector de español, que además era paisano mío y se apiadó de mi desamparo invitándome a comer. Como casi teníamos la misma edad, soportaba malamente que me tratase con tanta condescendencia y superioridad; incluso me daba consejos sobre cómo tratar a las mujeres y resumía su competencia en algunas máximas de sociología en píldoras, especialmente barata en lo referente a las italianas. No obstante, debía admitir que conocía bastante bien las costumbres y por eso le pregunté qué había de cierto sobre la magia. Entonces el lector se transformó en un actor mefistofélico: estuvo hablando casi media hora, pero lo único que pude colegir de tantas alusiones ambiguas

fue que piazza Statuto focalizaba encuentros y misas negras, mientras que piazza Vittorio Veneto, junto a las colinas del río, replegaba las fuerzas del bien o magia blanca.

Otras cavilaciones, paseos y lecturas agujonearon mi curiosidad por aquellos días. Turín era como un laberinto rodeado de montañas nevadas, inaccesible a todas las miradas interiores, silencioso en lo esencial y trascendente. Miles de emigrantes de caras hoscas y serias se levantaban al alba para trabajar en las fábricas de automóviles; mientras, señoras envueltas en pieles blancas pedían un poco de azúcar para el café. El bullicio y la tópica gestualidad no pertenecían a esta Italia. Nunca antes había contemplado tanta violencia contenida, tanto saber encerrado, tanta urbanidad y cortesía en el mismo espacio. Por eso no encontraba parecido con los ambientes del Mediterráneo.

En la calle empecé a observar los detalles de la vida cotidiana intensamente, pues parecían tener un alcance simbólico. En las clases, a las que

asistíamos como si se tratara de conferencias, las palabras resonaban agudas; una y otra vez admiraba los discursos por su brillantez, por su profundidad, por la absoluta coherencia entre persona y pensamiento. Y de esta forma, fortuita e involuntaria, me entregué por completo a reinterpretar la realidad, igual que si me pusieran a prueba. El proceso se parecía a una suerte de iniciación a un lenguaje cifrado, casi cabalístico, que a la vez desafiaba mi inteligencia y mis sentidos.

Contar mis estrafalarias impresiones no era posible; sobre todas mis maquinaciones iniciáticas guardaba un silencio ejemplar; a propósito pensaba en Nietzsche y su final en este mismo sitio. Sin embargo, la simpatía de mis compañeros españoles venció mis reticencias. Por las tardes, a medida que empezaba a despertarse la primavera, solía pasar un rato con ellos, en el prado del parque Valentino. Pablo podía recitar a Dante de memoria, le gustaba sobre todo el *Paraíso*, que según él no se leía nunca porque nuestro espíritu nacional prefiere las historias truculentas, don-

de chorrea sangre por todas partes "¿Qué hay más hermoso que el amor?", decía:

*"Nel giallo de la rosa sempiterna,
che si dilata ed ingrada e redole
odor di lode al sol che sempre verna,*

*qual è colui che tace e decir vuole,
mi trasse Beatrice ..."*

Luego Esther, muy rubia y avispada, lo repetía enfáticamente, poniéndose flores en el pelo con grandes ceremonias y risas. Francisco con su acento andaluz remataba la faena, pero nadie pasaba por alto la belleza de los versos y la oportunidad de la cita. También yo andaba enamorado de la filosofía y aspiraba secretamente a una Beatriz. Las coincidencias eran demasiadas. ¿Cómo no afrontar la fortuna con semejanzas y analogías?

Una noche, el lector de español, que tanto se complacía en impresionarme, me pidió que lo acompañara a una fiesta en el embarcadero del

Po. Irían algunos "barones" de la universidad y eso convenía verlo de cerca; después terminaríamos en la mismísima colina de la Magdalena, el punto más alto de la ciudad, el centro blanco. Yo iba con la esperanza de encontrar a uno de mis profesores, porque a veces tenía la impresión de que era capaz de revelar los misterios de la metafísica con una nitidez sobrenatural, como aquel día que comentando la filosofía de Leopardi hubo un apagón y siguió hablando, mientras nosotros, sobrecogidos, asistíamos mediante sus especulaciones a la presencia espectral del poeta. Al terminar aplaudimos para sacudirnos el éxtasis un tanto incómodo que nos transportaba. Pero pronto comprendí que mis expectativas serían vanas. En el local había una animación inusual: acudieron muchos "barones" y "dandis" que seguramente despuntaban en la burguesía turinesa; también cantautores famosos y gente de postín; pero el profesor Givone no apareció, y el aire, tan elegante al principio, se fue virando de humo y alcohol duro, hasta enrarecer las conversaciones inverosímiles. Al final acabamos en un túnel que

desembocaba en el río, un antro tan postmoderno como cutre, que me causó grandes dolores de cabeza al día siguiente.

Aquel día me llamó Beatriz. Apenas nos habíamos visto pero me parecía que había pasado mucho tiempo desde nuestro encuentro; estaba seguro de que la conocía desde siempre y esta convicción desvaneció mi timidez por primera vez. Con un aplomo desconocido le pedí que viniera y ella accedió. Fuimos al museo egipcio y visitamos la capilla de la Sábana Santa, pero entre los rostros orientales y el olor a naftalina, prefiero el recuerdo de nuestros paseos por todas las plazas de la ciudad, hasta que descansamos en el jardín del Valentino, perfumado con las primeras rosas del año.

Intentaba explicarle mis tribulaciones, pero frente a su sonrisa complaciente mis esfuerzos eran inútiles. Con ella no necesitaba hablar de todos mis pensamientos: extrañamente sentía las ideas como pulsiones y los enigmas como síntomas naturales. Una vez, en el mismo mundo raro y hostil que yo indagaba, Beatriz me indicó el cielo cla-

ro, luego bajó la vista y me besó. Tengo presente hoy aquel vértigo inefable, parecía un abismo, o quizá fueran las nubes, veloces como las olas del Po. Me veía caer blandamente dentro de un espacio sereno e infinito y reconocí de repente aquella fragancia delicada y ancestral que dignifica a todo ser humano.

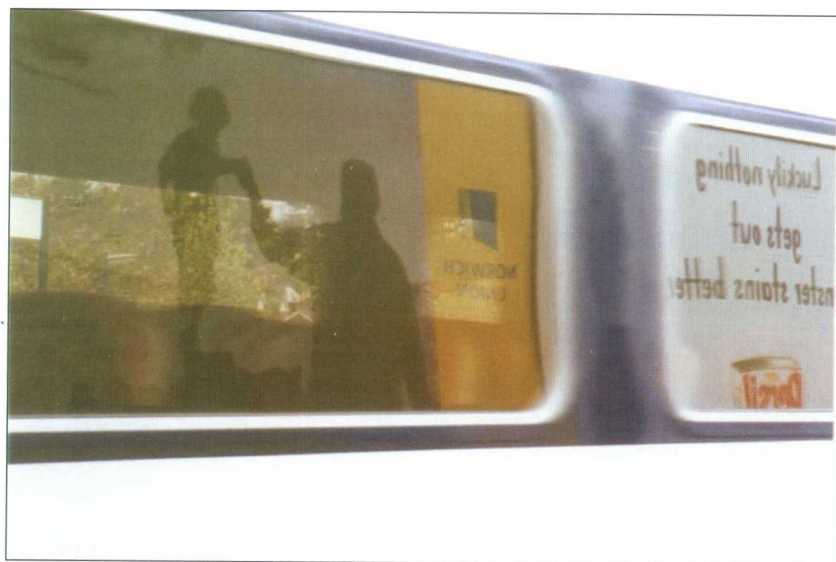
Turín no era la ciudad más bella del mundo. El profesor me miraba con resignación; casi se avergonzaba al decir que volviera alguna otra vez, aunque en sus ojos sabios un brillo de complicidad delataba lo mucho que había puesto ante mi inteligencia. Todavía eso quedaba por descubrir a mi regreso.

Para entonces ya le estaba muy agradecido a mi suerte, y me preguntaba por qué había tardado tanto en darme cuenta de que tenía que cambiar el tema de mi tesis y el contenido de mis lecturas.

Han pasado los años (parecen ya tantos): he recorrido otras ciudades difíciles, mis compañeros de viaje trabajan perdidos por el mundo,

otros teoremas filosóficos me han dejado insomnios y alegrías, pero el regalo del primer beso verdadero, de la flor eterna en su conocimiento, se me ha quedado dentro para siempre. Bajo la vaga esfera de esa rosa continúo descifrando los enigmas de la vida cotidiana, a sabiendas de que la carne intuye lo que el espíritu ignora.

OTROS TRABAJOS



SIN TÍTULO

MARTA BARAJA ANITUA

Institución de Origen:
Universidad del País Vasco
Facultad de Bellas Artes

Institución de Destino:
University of Southampton
(Reino Unido)

CUENTOS DEL CONVENTO

por Fray Taladro

GÉNESIS: FUNDACIÓN DEL CONVENTO

Convento: lugar en el que un grupo de seres debe vivir y cumplir con sus votos de obediencia, pobreza y, sobre todo, castidad.

Toda obra que se precie debe empezar con unos buenos cimientos, pero esto se me antoja harto complicado, ya que nadie sabe a ciencia cierta cuándo fue fundado el Convento. De

hecho, para los habitantes de este edificio, ello carece de toda importancia.

La primera gran prueba era llegar.

No recuerdo exactamente el día en que me comunicaron que tenía plaza en el Convento. Lo había intentado tantas veces y de tantas maneras que ya no esperaba ser aceptado... así que no me importó que no fuera el que había solicitado.

El día 10 de octubre de 1996, año de Nuestro Señor, me embarqué hacia mi destino: Gante.

Me demoré casi 24 horas en llegar porque, a pesar de las ayudas, preferí comenzar aplicando desde el primer día el voto de la pobreza, así que viajé en bus y ferrocarril. Tedioso viaje que pasé entre sueño y sueño para olvidar el hambre y otras necesidades físicas, aunque las piernas ya ni las sentía.

Así que llegué, encaminé mis pasos hacia la dirección de contacto, el glorioso Convento Vermeylen, situado al lado del no menos glorioso

Convento Fabiola, que estaban en pleno centro del área civilizada, es decir, de las facultades, comedores, *fritjes*, Internet...

Llegué no sin dificultad: estaba a unos 20 minutos de la estación y la lengua nativa era extraña para mí (hasta entonces situaba el flamenco en el Sur de España). Por el camino no dejaba de ver bicicletas por doquier, algunas en muy mal estado, sin ruedas, sin cadenas, sin frenos... ¡pero con su candado reglamentario! En el Vermeylen descubrí que ese era sólo el lugar en el que tenía que firmar el contrato de la habitación que tenía asignada. La celda estaba en otro Convento, a otros 20 minutos y en sentido contrario al que había seguido hasta llegar allí. A los novicios como yo, de los que tardan en asimilar la verdadera dimensión de las cosas, les puede más el voto de la obediencia. Mi habitación estaba en la planta 14, así que aquel Convento debía de ser inmenso, habitado por muchos hermanos, y eso era garantía suficiente (Teoría de Pardillo).

Arrastrando mi maltrecho cuerpo por las calles grises, aparentemente sucias, efecto de un

cielo gris indeleble y una fina lluvia, comencé a divisar el gran edificio. El colosal Convento Boudewjin se erige en medio de una barriada de clase media, casas unifamiliares de ladrillo marrón oscuro con su correspondiente jardín trasero. El enorme edificio marcaba el final de la ciudad, fácil de deducir tras ver a las ovejas pastar en el campo de al lado.

Era la entrada a un mundo nuevo. Los seminaristas más veteranos pululando por los pasillos, las "cleaning ladies" por aquí y por allá. A la izquierda la cantina, el billar y la mesa de ping-pong. Enfrente, el restaurante y, en medio, los ascensores y una moderna escalera de caracol.

Conseguí las llaves y subí a mi celda. Los ascensores eran enormes, como de hospital, y sin ser lentos, había que armarse de paciencia para coger uno. Entré en la habitación. Me pareció tener un tamaño adecuado, aunque no tenía con qué comparar: era mi primera experiencia. Estaba limpia, no olía ni había rastro de nada, a pesar de que habría pasado mucha gente por ahí. Tenía

frío, tal vez por el largo viaje, por no haber dormido apenas... o por la ventana entreabierta. El ruido del viento era el único sonido allí. No había gente por los pasillos de la planta 14.

Afortunadamente, dos hermanos de mi misma ciudad habían llegado diez días antes. Gracias a ellos, llevé las TIJERAS, herramientas que demostrarían ser de extremada utilidad y peligrosidad. Ellos me enseñaron a dar los primeros pasos en mi nueva vida y me introdujeron en la Comunidad del Séptimo Cielo, un grupo de extranjeros en Gante que se reunían diariamente en la cocina del siete para compartir el pan y el vino. Si el Convento era la piel, la Comunidad el corazón.

EL TRANSPORTE PÚBLICO

Era imprescindible adquirir un medio de transporte dada la distancia que nos separaba del centro comercial y burocrático, que era lo que

más nos mareaba a todos los hermanos. No sé cuántas leguas hicimos de acá para allá buscando este o aquel papelín... ¡Menos mal que todo estaba bien atado!

Casi todos nos decidimos por el más público de todos los transportes: la bicicleta. Al cabo de una semana todos teníamos ya una, aunque el coste fue bastante desigual, lo mismo que los métodos, que iban desde el tijeretazo a la apertura de candados usando navajas suizas.

Pronto adquirimos gran destreza en el manejo de estos utensilios, como el hermano fray Ganzúa, que, llegado el momento, fue capaz de levantarme mi propio vehículo, no para provecho suyo sino para ayudar a un hermano que estaba de paso. No daba crédito a mis ojos cuando, después del Ángelus, no encontraba mi bicicleta. Puse el grito en el cielo y éste me respondió concediéndome en préstamo el vehículo de fray Duvel, responsable de la cantina, un pez gordo. La falta del hermano Ganzúa fue perdonada pero largamente recordada, con gran alborozo, por toda la Comunidad.

La tarea de surtir con bicis a los hermanos pasó a convertirse en un negocio basado en el trueque: hierro por cebada. No era lucrativo pero nos permitía organizar actos lúdicos y de esparcimiento con bastante frecuencia. Sin embargo, ello nos provocaba bastante tensión al hermano Guitarra y a mí, además de resultar ciertamente incómodo. Había que salir como los vampiros, de noche, después de cenar, con el frío intenso y a pie, porque después de dar un golpe, regresábamos en el vehículo sustraído. Y como no los podíamos dejar en la calle sin candado, los subíamos a la habitación en esos ascensores de hospital. Intentábamos no llamar la atención, pero subíamos demasiadas bicicletas, demasiado a menudo, y nunca era la misma.

Por fortuna, la tijera empezó a fallar. Ya no era la misma: sus labios estaban demasiado mellados. Ello nos alivió bastante. No más salidas nocturnas, no más negocios a costa de otros. Ni nos parecíamos a Robin Hood, ni era divertido. Tal fue la paz en que quedé que decidí arrojar la increíble colección de candados al río como muestra de arrepentimiento.

Aún así, y tal vez como castigo por nuestros actos pasados, nos vimos obligados a dar un último golpe. Necesitábamos vehículos para dos hermanas muy apreciadas a las que les habían "socializado" las suyas. Decidí hacerlo en el mismo aparcamiento del Convento. Azuzados por el alcohol, protegidos por la noche y a gritos, para no levantar sospechas, conseguimos cinco bicicletas. A dos de ellas les faltaba un pedal, el que llevábamos nosotros supongo.

EL ARTE DE TALADRAR

Pronto aprendimos que la única forma de llevar a cabo nuestros planes, esto es, romper el voto de castidad, pasaba por iniciarnos en el difícil y poco agradecido arte de taladrar. La Comunidad nos brindó una gran oportunidad, ya que había una aplastante mayoría de hermanas. Además, para los que íbamos con frecuencia a la

cantina, las oportunidades se multiplicaban con el tiempo y el número de cervezas.

En una noche de alucinógenos y cebada a mansalva, fui bautizado por el hermano Textil. Él no era un seductor más. No muy alto, bajo de tórax, buen estudiante... ¡Quién diría que sus triunfos llegarían a ser relatados en estas páginas! Su silencio tranquilo era agradable y fue él quien me bautizó. Fray Charlie Parker llegó bien surtido de una de sus escapadas al otro lado de la frontera. Esas sustancias me afectan sobremanera: tanto, que yo solo conseguí mantener la conversación animada con cuatro hermanas simultáneamente. Quién lo diría. Eso mismo debió de pensar fray Textil, que, en cuanto se percató, no dudó en aclamarme delante de toda la Comunidad como ¡¡TALADRO!!

Y descubrí que estaba bien dotado para este arte y que, ante las hermanas, estas capacidades crecían hasta límites insospechados y exagerados por la tradición oral posterior. Me había convertido en una especie de explorador; la necesidad de conocer y descubrir se había convertido

en mi máxima, permitiéndome llegar a lugares desconocidos para mí. Era tanto mi interés que llegué a pensar en ello como un estudio científico... aunque muy poco profesional.

Esa incontinencia verbal, oculta durante tanto tiempo, me permitió conocer a fondo a mucha gente, e incluso a mí mismo un mucho más. La dialéctica convertida en bisturí, en fuente inagotable de conocimiento.

Es irónico que una de las experiencias que más vivas se conservan en mi memoria la tuve con un hermano, fray Charlie Parker. Hasta que le conocí, el jazz me parecía un invento del maligno, un caos de sonidos arrítmicos y caprichosos. Fray Charlie me enseñó la grandeza de esa música, a sentirla, a soñarla y a decorarla con imágenes. Entre pipa y pipa, calando con gusto el tiempo, nos comunicábamos sin necesidad de palabras. Los conciertos de jazz en el D'ambert, entre cervezas y tableros de ajedrez, son el fondo de la fotografía.

No me podía sentir mejor.

EL ARTE DE IMELEAR

Imelear: i. vocablo procedente de la fusión del español e inglés, el espanglis. Acción de comunicarse a través del correo electrónico.

Otra encomiable labor a la que dedicábamos nuestros esfuerzos, especialmente la hermana Jurásica, fray Ganzúa y yo mismo, era el de comunicarnos con el resto del planeta a través de nuestros terminales de Internet. Después de que el Señor obrara el milagro de los panes y los peces, que estuvieron a punto de romper la red, ésta se revela y a punto está de engullirnos y de convertirnos en sus esclavos.

Al cabo de un tiempo de comenzar nuestro retiro en el Convento, sentimos la necesidad de relacionarnos con lo que era nuestra vida anterior, y enviar *e-mails* era fácil y directo. Siempre estábamos dispuestos a rebajar tiempo de trabajo u oración en favor de la Red.

Pero acabó desbordándome. Mezclaba historias, personas y lugares. Quería recuperar el

tiempo perdido y fui demasiado rápido. *Imelear* era, en el fondo, otra forma de taladrar, taladrar a distancia, taladrar sin parar. La Red adquirió así una nueva dimensión.

Fray Guitarra expresó muy bien lo que todo esto suponía: "... por fortuna no tenemos terminales en el Convento; si no, sólo saldríamos para mangar unas bicis."

Y mira que algunos infieles se resistían al poder de la red, decían que eran máquinas diabólicas, transmisoras de enfermedades y frías. ¡Ja!

LA IGLESIA

Todos los hermanos y hermanas cumplíamos con nuestros ejercicios de oración. Nos reuníamos una o dos veces por semana en una sala ubicada en el centro, muy cerca de la bella iglesia de Sint-Niklaas. No nos sentíamos preparados para entrar en ella: antes debíamos cumplir nuestra penitencia y limpiar el corazón.

Así que nuestro garito favorito, nuestro antro de perdición, recibía el nombre de "La Iglesia". No era necesario quedar a una hora determinada: sabíamos que siempre algún hermano estaría allí.

Pero qué difícil era hacerlo cuando la mayoría de los parroquianos no hacían más que empujar el codo hasta el amanecer. Nosotros, para intentar rebajar su dosis de cebada (Hoegaarden) y ganarlos para nuestro bando, no teníamos más remedio que tomar algo con ellos. Lo malo es que acabábamos en peor estado, y luego había que volver al Convento "pedaleando".

En la iglesia, la compañía siempre era grata: ponían buena música y la cebada se servía en el punto exacto de fermentación (además, en copas coleccionables). Dedicando tanto tiempo a esta ardua tarea, no es de extrañar que salieran grandes ideas de este lugar: algunas inútiles; otras iluminaban el sentido de nuestro retiro, como la que tuvieron el hermano Ganzúa y la hermana Bicéfala. Habían puesto un fragmento de la ban-

da sonora de Blade Runner, tema que encajaba como anillo al dedo en aquel ambiente decadente y algo húmedo. La canción les trajo a la memoria los *replicantes*, aquellos seres cuya vida era extremadamente corta, por capricho del fabricante. Podían amar, sufrir, llorar, incluso reír. Su lucha y su muerte se fundaron en la supervivencia. Así nosotros estábamos en Gante por un corto período de tiempo que debíamos vivir intensamente. Y nos resistíamos a su final.

¡Ah! Tampoco podíamos disfrutar de los placeres carnales, como los *replicantes* (aunque esto no queda claro en la película). ¡A veces no entendía ese voto de castidad!

LOS DESAYUNOS DEL SÉPTIMO CIELO

Después de una intensa labor en "La Iglesia", no era raro acabar en la cocina del siete reposando del viaje en bicicleta. Allí coincidíamos con la Madre Superiora y su discípula más cercana. Me

gustaba esa luz azulada de la cocina, efecto inequívoco de mi cansancio y sobredosis de fermentos. Estaba muerto de cansancio a esas horas, soñando un sueño en el que había gente desayunando y preparándose para un nuevo día, como si fuera muy pronto por la mañana. Luego dormía de verdad.

La Madre se lo tomaba bien: hacía su frenética labor matutina para salir a tiempo hacia la facultad. Podríamos haber usado una sola bicicleta para los dos, ya que nuestros horarios eran complementarios.

Pero los meses se iban sucediendo y tuve que dejar de orar tanto para laborar más. Recordé que tenía una misión encomendada y que los días, ahora, eran escasos. Manos a la obra. Lo malo es que coincidí con las míticas fiestas de Gante (15 días sin parar) y conseguí un trabajito de freidor de patatas (*fritjes*). A perro flaco todo son pulgas. Pero cuanto más flaco, más corre.

Y yo corrí, vaya que sí, y hasta tuve tiempo de orar.

LA FERMENTACIÓN

Fermentación: transformación de una sustancia por la acción de un fermento que queda inalterable. || Fig. Agitarse y enardecerse los ánimos.

No sé con cuál de las dos acepciones me quedaría porque las dos tienen algo de aplicable en este caso. Por un lado, el Convento, como el fermento, seguirá allí inalterable y nuevos reemplazos de hermanos cubrirán las celdas libres. Por otro, nuestros ánimos, a fe mía, se agitaron hasta las entrañas.

AMÉN

EPÍLOGO

Una de esas noches en la Iglesia, uno de los hermanos, cansado ya de no comerse una rosca, encontró finalmente el sentido a nuestra estan-

cia. Aquello no era una beca Erasmus: aquello era un Convento ¡y que nadie ose romper el sagrado voto de la castidad!

IMANOL ALLENDE VEGA

Institución de Origen:
Universidad de Cantabria
Escuela Técnica Superior de
Ingenieros Industriales y de
Telecomunicación

Institución de Destino:
Universiteit Gent (Bélgica)



SIN TÍTULO

RICARDO BARBOSA GARCÍA

Institución de Origen:
*Universidad Jaume I de Castellón
Escuela Superior de Tecnología y
Ciencias Experimentales*

Institución de Destino:
*University of Salford
(Reino Unido)*

¿POR QUÉ PICASSO PINTABA EN AZUL?

Sentada en un sillón, en un "fauteil", que dirían los franceses, pienso en cuando esté lejos de París, en cuando haya abandonado sus boulevards, sus luces y sus ruidos, su cielo gris, sus miradas nunca encontradas y su sonrisa jamás cómplice. Pienso en el momento en que más desearé regresar a su soledad.

El invierno en París es más invierno, y el sol, fugaz, no llega a tocar mi cuello, cubierto por una bufanda oscura y gruesa. Las calles rezuman agua, desprenden más invierno, y las hojas se aferran al asfalto antes de descomponerse bajo los neumáticos. Podría empezar así mi relato. La velocidad de un coche me devuelve a la calle. Miro el reloj y acelero el paso, pero consumo los diez minutos "de politesse" subiendo escaleras.

El aula es aún un bullicio de gentes, palabras y risas. Las mesas están llenas de carpetas, folios,

bolsos y estuches, pero descubro un pequeño vacío al lado de la ventana, desde donde se impone la cúpula callada del Panteón. Busco un rostro familiar entre los gritos. Silencio: una sola voz en La Sorbonne. La puerta la interrumpe; mi compatriota asoma la cabeza, entra una silla (¿de dónde saca siempre la silla?!) y se confunde con el resto; le dirijo señales silenciosas pero no me ve.

La voz llena el ambiente de palabras célebres y nombres sonoros... "À la semaine prochaine": se apartan las sillas, se cierran las carpetas, se tapan las plumas, se alzan las voces. Busco el rostro y veo un cuerpo en la puerta. "Hoy tengo prisa, he quedado con el chico que te dije. Ya sabes. Esta tarde te llamo y quedamos para el fin de semana".

Tomaré el café sola. El líquido de la máquina está asqueroso, y en la cafetería no saben qué es un cortado. Cambio de planes: pasearé sola. Empujo la puerta maciza con esfuerzo; en la calle mis mejillas despiertan con el aire fresco y me dejo llevar. Censier, Mouffetard, rue des Écoles, Saint-Jacques, le Petit Pont... Empiezo a sentir mis pies, y quisiera sentarme, beber algo calien-

te y escribir sobre Censier, Mouffetard, rue des Écoles, Saint-Jacques y le Petit Pont. Aquí el café sólo pueden pagarlo los turistas, pero... Hemingway también escribía en un café. Me siento en una esquina, buscando el silencio y la tranquilidad, abro mi bolso, saco la pluma y la libreta. El "café au lait" sólo sabe a leche. No sé qué escribir. El café se enfría.

En la calle el sol ha desaparecido y se ha llevado el cielo. La ciudad se ha vuelto gris, las casas son grises, las fuentes son grises, las personas son grises. Excepto el Sena, que se ha vuelto pardo. ¿Por qué entonces Picasso pintaba en azul? En los reflejos de Notre-Dame oigo al vuelo palabras familiares con acentos exóticos que me hacen sonreír. "Mira, Laurita, las gárgolas, allá arriba". Les disparan con los flashes y Quasimodo no viene a defenderlas. Busco entre las campanas el cuerpo deforme pero sólo veo aquellos que han pagado la visita completa.

No tengo hambre, es pronto; podría ir a comer al restaurante universitario. Los que alaban la "cuisine" francesa deberían pasarse por allí. Si

voy pronto quizás encuentre algo más que ensalada con sabor a bote, de primero, y pizza con sabor a queso, de segundo. Me consuelo pensando que Modigliani pasaba hambre y saldaba penurias con obras maestras.

El comedor está casi vacío. Desde una de las ventanas la torre Eiffel, muy lejana, parece llamarme, y me siento en la mesa más cercana... pero le doy la espalda. Quizás entre las caras encuentre alguna familiar: pecas, pelo rizado, nariz respingona; morena, gomina, pestañas largas; camisa, ojos... Ojos que avasallan. No tengo hambre, comeré la magdalena en el parque. Ojos que se levantan. La bandeja, restos de pollo, cubiertos pringosos. El lavabo.

Un hilillo de agua fresca oxigena mi cabeza, limpia mi tez, reaviva mis ojos. Mis ojos son oscuros, parecen cansados, miran despiertos y tristes, pero debe ser cosa del espejo, porque yo siempre he sabido que mis ojos son transparentes. Ruido estridente, una mano toca otro grifo. No veo su rostro, pero sus ojos se reflejan en azul. Quizás unos ojos hicieron pintar a Picasso en azul.

Salgo a la calle aún gris. ¿Adónde ir? La biblioteca está lejos, llevo libros encima, en casa me aburriría, y no me apetece, no tengo ganas de pasear, pero... al cine. "Pardonnez-moi, je voudrais le Pariscope". "¿Le Pariscope?". "Oui". "It is three francs". "Mercie". Godard, Mizoguchi, Bergman, Fellini, Lubitsch... ¡*Le fabuleux destin d'Amélie Poulain*! Cuánta alegría, cuánta vida, cuánto color y cuánta mentira. ¿Por qué todos se empeñan en que París es de color? Quizás hace tiempo que no paseo por Montmartre y los impresionistas han vuelto al Moulin Rouge.

Línea 4, Saint Germain, Saint Michel, la Cité, Barbès; línea azul, Anvers, Pigalle. Asomo la cabeza por debajo del cartel modernista de "métropolitain" y por un momento dudo en enterrarme de nuevo. Supongo que las putas de Toulouse-Lautrec tenían más *glamour* que los travestis del 2000. Deambulo arriba y abajo por el *boulevard*, y poco a poco la suciedad gris de las aceras y las mansardas se tiñe de un rojo lujurioso. Mis manos se enfrían y las llevo a los bolsillos. La magdalena sigue allí, pero no tengo

hambre. ¡Ah, "Petite Madeleine", digno tributo de figurar a los pies de la tumba de Marcel Proust! (¿de qué extrañarse cuando siempre hay locos con flores para lady Di?), pero es de noche y los cancerberos de los cementerios no entienden la urgencia de los homenajes.

Entre las luces fugaces reconozco un autobús, me dejo apresar por su velocidad. Destellos blancos, bocinas, *souvenirs*, caras furtivas, frenazos, "le relais des...", brillos azules, ciudad oscura en rojo. Cuando llegue a casa escribiré; escribiré sobre esta angustia de escribir que en realidad no tengo. No es una idea original, pero todo parece teatro, decorados y comediantes, y mi necesidad de escribir no es más que el rol que me toca representar. Todo es ficción.

"Prochain arret: gare de Montparnasse". ¡Qué paradoja, vivir en el Parnaso y no tener poesía! Bajo del autobús empujada por una multitud que sigue mi camino, se para ante mi puerta y grita de felicidad. Pero no entran; los ritmos de la "boite" los reclaman. Sus risotadas entran por las ventanas del comedor, pero en mi habita-

ción todo es silencio, un silencio de muertos que exudan los cuadros del museo de Montparnasse bajo mis pies.

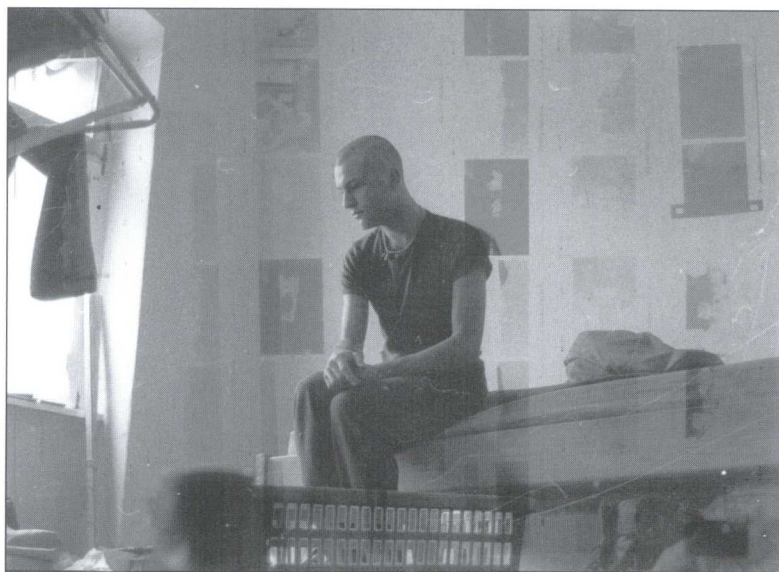
Cierro las compuertas de mi ventana, pero por los pequeños huecos entre las rejas se cuelan los destellos de los carteles: rojo, blanco, azul, rojo, blanco... Los folios vacíos de mi mesa se tiñen por unos segundos de rojo, por otros de blanco, y finalmente de azul.

Ya no estoy sentada en un "fauteuil": ahora me siento en una silla como cualquier otra. Llevo mucho tiempo lejos de París, y sólo ahora he podido comprender por qué Picasso pintaba en azul.

ANNA MARÍA BOFARULL GALOFRÉ

Institución de Origen:
*Universidad Pompeu Fabra,
Facultad de Humanidades*

Institución de Destino:
*Universite de la Sorbonne Nouvelle
Paris III (Francia)*



NO TODO SON-RISAS

FRANCISCO BERRETEAGA
ESCUADERO

Institución de Origen:
*Universidad del País Vasco,
Escuela Técnica Superior de
Arquitectura*

Institución de Destino:
*Fachhochschule Potsdam
(Alemania)*

DIEZ MIL PASOS EN LA ARENA

Relato de una vida, en un día

EL AMANECER

Alicia le miró a los ojos y trató de sonreír. No hacía falta. Se sentía tan feliz que su rostro hacía tiempo que expresaba la más rotunda de las sonrisas. "En la vida siempre hay razones para ser feliz", le gustaba decir a él. Y en verdad, siempre encontraba razones para serlo desde que él llegó a su vida. A modo de confirmación de sus pensamientos, le regaló un abrazo, y una ola de calor y tranquilidad se derramó sobre su cuerpo. Se sen-

tía tan segura que creyó ser una niña a la que su padre abrazaba. Pero no. Era él. Con su mirada, serena, y su cuerpo apasionado. Con su boca guardiana de promesas cumplidas. Una sensación que creía olvidada renació en su vientre anegando sus sentimientos.

-Te quiero- dijo él. El eco de esas palabras retumbó mil veces en su interior. Ya no sabía si reía de nostalgia o lloraba de felicidad. "Te quiero", había dicho. No acertaba a recordar cuándo había escuchado esas palabras por última vez. Acaso fue la tarde en que sus besos le dieron una nueva dimensión a su amistad. O aquella noche en la que entre susurros le prometió que siempre estaría a su lado. "Te quiero"...

Alicia se enfrentó a sus ojos, consciente de que él aguardaba una respuesta a su no-pregunta. "Te quiero" también diría, como tantas otras veces había hecho en cada despedida. "Te quiero", porque en verdad le quería, porque le había dado todo, porque en él la vida tomaba sentido. "Te quiero" al amigo, al amante, al compañero.

-Te echo de menos- dijo ella, extrañada de sus propias palabras. ¿Por qué le iba a echar de menos, si él estaba allí, con ella? Miró, confundida, su rostro, y comprobó, con pavor, que ya no era el mismo. Su mirada, antes serena y paternal, se hallaba velada de una pátina de pena y compasión. Alicia trató de corregir su error, intentando pronunciar esas palabras que su corazón gritaba, pero para entonces la lágrimas anegaban su voz. Él negó levemente con la cabeza y dirigió al reloj una mirada furtiva a modo de explicación. Ella comprendió, y contempló resignada cómo su imagen se fue desdibujando entre las primeras luces del día.

La mañana la encontró acurrucada en un extremo de la cama. Sola. Sus ojos resecos le confirmaron que había regresado a su raído mundo real.

LA MAÑANA

La mirada de su madre escudriñó la suya, pero, prudente, no dijo nada. Ella se sentó frente al

desayuno y, desganada, apenas lo tocó. Nunca le había gustado que Alicia se viera con hombres como aquél, así que había recibido de buen grado la noticia de la ruptura. Pero ver a su hija sufrir era lo último que hubiera deseado. Esperaba que en poco tiempo Alicia se olvidara de él y retomara el imponente camino que con tanto esfuerzo habían trazado para ella, pero hacía ya más de tres meses de la despedida y, cada mañana, encontraba a su hija abatida por el recuerdo. No era la primera vez que algo así ocurría; le había visto enamorarse, decenas de veces, de hombres inalcanzables, que no desaparecían de su obsesión hasta que otro ocupaba su lugar. Unos eran amigos de sus hermanos mayores. Otros, simplemente, personas que accidentalmente se acercaban a ella, y que su mente había idealizado. A veces ni siquiera llegaba a conocerlos. Normalmente cuando alguno le mostraba interés, perdía instantáneamente todo su encanto. Aquella vez no había sido una excepción. Conoció a Andrés en el barrio. Él vivía a tres bloques de distancia del suyo, y acostumbraba a ir, cada tarde, a la biblioteca.

Durante tres meses había pasado cientos de horas viéndole leer a *García Lorca*, a *García Márquez*, a *Neruda*, pero nunca se llevó ningún libro. Un día se encontraron en la facultad, e iniciaron una leve conversación. Luego llegó un café, diez llamadas, cien paseos y mil palabras. Y se arriesgaron al amor. Hasta que un día él se marchó. "Tenía que aprender a quererse a sí misma", le había argumentado como única explicación. Y eso debía hacerlo sola. Y no hubo más libros, ni cafés, ni paseos, ni llamadas. No podía entender que la manera de encontrar la felicidad fuera renunciando a ella.

Fue caminando a la universidad, aún sabiendo que llegaba tarde. Necesitaba despejar sus ideas. Tal vez la brisa del mar le revelara su destino. Ausente, sus pasos la llevaron a la playa y, sin reparar en la ropa que llevaba puesta, se sentó en la arena. El ronco bramar de las olas arrulló sus pensamientos. Qué había hecho para que todo le fuera mal en la vida. Nunca había defraudado a sus padres, ni a sus profesores, ni a sus amigos. Luchó en cada momento por hacer lo que se

suponía que era lo mejor, y ahora tenía la sensación de que en veintidós años no había creado nada que justificara haber vivido. En apenas dos más terminaría la carrera, y luego... Luego, nada. Su mundo prefijado terminaba ahí. Y el futuro le daba vértigo. A caer. A perderse. A no ser feliz. No siempre había sido así. Cerró los ojos un instante, intentando controlar una lágrima. Se alegró de la sensación de intimidad que le daba la playa desierta, y no quiso evitar que su ánimo se quebrara en un llanto sordo. Realmente había habido un momento en su vida en el que afrontaba cada día con la ilusión despreocupada del que aprovecha el momento. Lo aprendió de él. Apareció tan sutilmente que pronto creyó que siempre había estado a su lado. En él descubrió que cada amanecer es distinto, que cada aliento es único. Y tiene sentido. Que la vida no es un camino a seguir, sino una senda que trazar. Pero no le enseñó a afrontarla sola. Cuando se marchó se llevó con él su alegría y su ánimo. Y las ganas de luchar.

El sol parecía resistirse al invierno y aún regalaba su calor con timidez. A lo lejos apareció un

paseante que, con los pantalones remangados, chapoteaba embriagado en su propia diversión. Con paso errático se fue acercando a ella. Cuando reparó en su presencia, en lugar de recatarse en su loco baile, cobró más efusividad y se acercó corriendo hacia donde ella estaba. Al principio a Alicia le sorprendió su actitud, aún más cuando se dirigió a ella. Pero pronto lo reconoció como uno de los alumnos extranjeros que habían llegado a su facultad.

- Tú eres de mi clase, verdad - dijo con un acento que delataba su país de origen.

- Si, claro -contestó ella, un tanto incómoda con la invasión.

- Pues creo que llegas tarde... -una leve sonrisa apareció en los labios de Alicia.

- Tu también -replicó, mientras intentaba evitar los signos de su anterior llanto.

Él la miró a sus ojos, descarado. Alicia le devolvió la mirada, incómoda. Finalmente, se quedó pensativo un instante, como si buscara la palabra adecuada, y dijo, con su torpe acento español.

- Por favor, no llores. No hay suficiente belleza en el mundo como para poder prescindir de tu sonrisa.

Hizo una ridícula reverencia y continuó su caminar. A Alicia le pareció increíblemente ridículo, hasta el punto de hacerle esbozar una de sus famosas sonrisas. Pero no pudo evitar seguirle con la mirada hasta que su imagen se perdió tras la arena.

EL DÍA

Aquel breve encuentro le había servido, al menos, para apartar los pensamientos sombríos que la acosaban, así que, algo consolada, se fue a la universidad. En ella no encontró a su extraño compañero de playa, pero se sorprendió buscándolo. Discreta, realizó algunas pesquisas sobre él y descubrió que sólo compartían algunas asignaturas. Cuando volvió a su casa, todo signo de consuelo se diluyó ante la pesada atmósfera de su cuarto. Todo lo que había allí le recordaba a

Andrés y sabía que aquella noche le volverían a invadir sus sueños. Al día siguiente se despertó algo antes que de costumbre, y salió hacia la universidad desmotivada. Evitó el camino de la playa, pues no le apetecía en exceso enfrentarse a la soledad. Las horas transcurrieron muy despacio, y cada instante suponía un esfuerzo para apartar a Andrés de su pensamiento. Terminadas las clases de la mañana, antes de comer, el sol radiante de octubre la llamaba a volver por la playa. Allí, sentado donde él la había encontrado a ella, estaba su risueño extranjero.

- Pensé que no te vería, dijo con su torpe acento. Antes de que ella acertara a responder, él tomó de nuevo la palabra.- Me alegro de que hoy hayas traído la sonrisa puesta desde casa. En un gesto desmedido, Alicia se tapó la boca y sonrió, tímida. -En la vida siempre hay razones para sonreír, continuó.

Una sombra le devolvió a su realidad al recordar cuántas veces había visto brotar esas mismas palabras de otros labios. Él percibió que algo pasaba y preguntó, indiscreto:



- ¿Qué te falta para ser feliz?- Alicia le miró, extrañada. ¿Quién era ese tipo para hacerle esa pregunta? Nunca había desnudado sus sentimientos ante un desconocido, y no pensaba hacer una excepción. Quizá por ello se sorprendió cuando se vio contestando a su pregunta.

- Llevo toda mi vida estudiando, viviendo con mis padres, y ahora el futuro me reclama hacia un lugar que desconozco.

Él la miró, comprensivo, aunque aquellas palabras le sonaban muy lejanas. En su país hubiera resultado inconcebible que una persona siguiera viviendo con sus padres a esa edad. El futuro... siempre le había intrigado qué le depararía en su vida. Aunque nunca le había temido. ¿Para qué, si aún no había llegado?

- ¿Y por qué no vas a buscarlo? Tal vez al llegar compruebes que la felicidad te espera allí.

- Porque tengo miedo.

- Todos tememos lo desconocido. Hasta que deja de serlo. Todo consiste en no ser cobarde.

Alicia se levantó indignada. Se despidió con un breve "Yo no soy cobarde" que sonó falso en su labios. Sin mediar más palabra, siguió camino a casa. Estaba perpleja. ¿Quién se creía que era para llamarla cobarde?

LA TARDE

Durante algunos días evitó al estudiante extranjero, y tampoco coincidieron en clase. No sabía quién era, aunque tampoco le importaba. Ella no era cobarde. Había luchado toda su vida por conseguir hacer algo grande. Y ahora tenía mil oportunidades por delante. Demasiadas. Sólo en el amor se sentía vacilante, pero era porque había tenido mala suerte. Sabía que se engañaba. Se sentía perdida en la vida, no porque no supiera qué hacer, sino porque no se atrevía a hacerlo. Era la peor de las cobardes. Cuando terminaron las clases de la tarde, fue decidida hacia la playa. El sol se resistía a abandonar el cielo.

- ¿Y tú, qué buscas en la vida?, fue ella quien preguntó.

- Lo que buscaba lo he encontrado en esta playa

Y, casi sin darse cuenta, intercambiaron cientos de pensamientos sobre su pasado, sus aspiraciones, sus sueños, hasta que, poco a poco, su conversación se fue apagando, según se ahogaba el sol en el infinito.

Cuando volvió a su casa, la expresión de su rostro era muy distinta a la de otras tardes. Su madre lo notó, pero, como siempre discreta, prefirió no decirle nada.

A la mañana siguiente se despertó con un inusitado brío. Ningún fantasma había asediado su noche. Aunque aquel día había amanecido nublado, volvió sin reparo a la playa y esperó a que él apareciera. Si grande fue la ilusión que la llevó a la orilla, no fue pequeña la decepción que la acompañó hasta la universidad. Pasó la tarde ensimismada en sus propias ideas, y se acostó pronto. Aquella noche no fue tan clemente con ella, pero

no evitó que volviera a la playa, día tras otro, ni que volviera, tarde tras tarde, sumida en sollozos. En clase tampoco sabían nada de él. Había terminado su tiempo de intercambio, le dijeron.

LA NOCHE

Abatida, su confusión surcó de nuevo la playa. La noche reinaba ya en el cielo, y teñía la escena con su tamiz de irrealidad. No pudo resistirse a buscarlo, pero la orilla estaba tan vacía como su vida.

- Esperaba ver de nuevo tu sonrisa- una voz reclamó su atención a su espalda. Ella se volvió, ilusionada y se encontró de frente con sus ojos. Él le respondió con su tradicional reverencia, y se ofreció a acompañarla en el paseo.

- Pensé que te habías ido.
- Aún no.
- Pero esperaba verte en la playa.

- Aquí estoy.

Miles de palabras intentaron salir en el mismo instante de la garganta de Alicia, pero, en cambio, permaneció en silencio. Quisiera describirle la ilusión que había renacido en su interior, desde que le conoció, y que no se atrevía a definir. Pero él no parecía dispuesto a escuchar esas palabras y se mostró distante.

- Dijiste que en esta playa habías encontrado lo que te había traído a España... -dijo evitando su mirada. Él mudó de rostro, comprendiendo la situación.

- Y tú, ¿qué buscas en la vida?-respondió con una pregunta

- Ser feliz.

- Y qué te falta para serlo?

- Aprender a conocerme -"Aprender a quererme" querría haber dicho. Pero aquello era darle la razón a quienes le habían apartado de su lado.- Ser yo misma-añadió.

- Ya eres tú misma.

- Quisiera... tener lo que tú tienes: independencia, confianza, libertad, seguridad. Quisiera conocer el mundo del que me has hablado.

- No creo que puedas alcanzarlo desde esta orilla. Mientras hablaba, su voz se fue diluyendo, como su mirada.

Tras insinuar un leve adiós, cambió su camino y se alejó para siempre. Alicia tuvo la tentación de retenerlo, pero comprendió que era inútil. Una pregunta postrera se acercó a su garganta y le hizo gritarle al viento

- Y entonces, ¿qué te faltaba en tu vida?

Él se volvió, y sonrió.

- Esta playa- Y con una nueva reverencia se perdió en la distancia.

Alicia se mantuvo inmóvil largo rato, embriagada de pensamientos. Se sentía tan absurda. Siempre había sabido qué es lo que quería. Y había evitado enfrentarse a ello. Pero a partir de entonces sería distinto. ¿Por qué no lo había de-

cidido antes? El año que viene sería ella quien paseara por la playa... de otro país.

SERGIO CAMACHO
FERNÁNDEZ

Institución de Origen:
*Universidad Autónoma de Madrid,
Centro Superior de Estudios
Universitarios La Salle*

Institución de Destino:
Örebro Universitet (Suecia)



DEFINICIÓN DE LA AÑORANZA

NATALIA MATAMALA HIDALGO

Institución de Origen:
*Universidad de Córdoba,
Facultad de Ciencias de la Educación*

Institución de Destino:
*Università degli Studi di Firenze
(Italia)*

NOTA PARA UN EPÍLOGO AL CUADERNO NEGRO DE BERLÍN

El amor es a la memoria lo que la verdad al entendimiento.

Café Cinéma era uno de esos lugares que albergan auténticos acontecimientos, uno de esos lugares que se prenden al recuerdo como por casualidad pero que, a lo largo del tiempo, perviven en la memoria no se sabe muy bien cómo. Gracias a una crónica ausencia de luz, *Cinéma* invitaba a las confidencias. El humo espesaba la atmósfera y las velas eran como los faros que en la noche guían a los barcos en su singladura.

A medida que el recuerdo nos va dejando lo esencial, aquellos detalles que lo hacían un lugar

único aparecen ahora mucho más nítidos. En sus paredes residía toda una comunidad de retratos silenciosos. Fotografías de gente que alguna vez estuvo allí. Instantáneas anónimas que cautivaban mi imaginación y que me sumían en el silencio del que en lo profundo del pensamiento rumia cuestiones viejas, tan viejas como el lenguaje que las expresa. A veces, cuando una conversación declinaba, o cuando llegaba demasiado pronto a una cita, me pasaba largo tiempo mirando aquellos rostros. Algunos de ellos han sobrevivido entre mis recuerdos, como si aquella gente hubiera formado parte de mi vida, con su propia historia levemente sugerida por un gesto ausente, algunas veces, y otras, apenas disimulado. Eran historias intensas, muchas de ellas trágicas, inevitablemente dramáticas muchas otras quizás, y alguna que otra cómica, sin duda, con sus carcajadas congeladas en el tiempo.

Aquel espectáculo me apasionaba. Eran esas caras antiguas las que me retenían en aquel pequeño café. Era esa obra la que me obligaba a volver, una y otra vez, a admirar aquellos rostros

anónimos que llegaban a estremecer y despertaban la curiosidad de saber cómo aquellas vidas fueron vividas. Sólo el tiempo revelaría una respuesta siempre diferida y silenciosa. Aquellos retratos eran toda una crónica nostálgica de un pasado aglutinado alrededor de un pequeño café .

Ahora, durante estos últimos días de Berlín, cuando las jornadas del verano aún no han empezado a declinar, y los colores de las cosas son más vivos, es cuando la ciudad muestra sus secretos. Uno puede llegar a convertirse en el amante que se deja seducir por las melodías y aromas exóticos que ella desprende para, en pos de una ilusión, vivir una experiencia única: la de verse uno mismo con los ojos desconocidos de cuando se está enamorado. Es por eso por lo que las ciudades ejercen una atracción análoga a la de las mujeres. Muchas veces podemos amar una ciudad, no por la belleza de sus monumentos, sino por la del espíritu que la anima. Esa es la sensación que me deja esta urbe y el *Café Cinéma*, ahora que ya estoy tan cerca de la despedida.

El cielo del mediodía parece más plano que de costumbre y sólo unos pocos cúmulos vagabundos se dibujan en la inmensidad como motas de polvo sobre una ciudad deslustrada. ¿Será el cielo que se alza sobre cada ciudad como un espejo de su alma?

Observo ese cielo azul, inmenso, inabarcable, y no puedo evitar respirar hondo mientras cierro los ojos. Mirar el cielo que se alza sobre Berlín significa sentir una dudosa trascendencia que se adueña de mí. Todavía en este epílogo son reconocibles sus huellas, huellas de una experiencia confeccionada gracias a los detalles, a los fragmentos únicos de una vivencia singular e individual. Quizás sea esa trascendencia, de la que no puedo dejar de desconfiar, la que me animó a escribir en este cuaderno negro que hoy tengo ante mí, y cuya conclusión no anda lejos.

Todo empezó con una promesa. Un cuaderno negro y una promesa: regresar con Berlín bajo el brazo. Y sabía ya de antemano que el precio que habría de pagar me iba a doler. Es el fruto de un

negocio que tiene que ver con la muerte, con anotar a cada instante esos momentos que se nos escurren entre los dedos, con apresarlos como quien caza mariposas y las ensarta en un alfiler. La marca y la inscripción, el registro de lo que ya no es, se asemejan a un monumento funerario, un sarcófago para la memoria que muestra el cadáver del recuerdo o, si se quiere, su presencia fantasmal. Todo eso surge de una cierta fidelidad hacia las cosas, hacia esos lugares que se quedaron con un poco de nosotros mismos.

El café aún está caliente y, mientras paso las páginas de este cuaderno, esbozo una media sonrisa. No podría decir si en mis labios se dibuja el signo de la felicidad o, por el contrario, muestra esa dulce agonía prolongada que surge de la intuición momentánea de quienes fuimos. Simplemente sonrío cuando reconozco la letra de Noriyuky. En ella, un sencillo haiku, un regalo de invierno para animarme. *Cuando un perro busca, siempre encuentra el palo.*

A partir de su firma, de todo aquello que era propio de él, me es más fácil notar, como en una

iluminación pasajera, el tono de sus palabras y la suavidad de su forma de hablar. Puedo reconstruir su cercanía, y poco a poco ir abandonando este aquí y ahora, y volver a aquellos lugares que compartimos y a aquellas situaciones que tanto nos hicieron reír. Es quizás el más lejano y por ello el más cercano, y el convocarlo de nuevo me devuelve a la carcajada, ya sea ante una revista de modelos japonesas, o junto a Go comiendo conservas niponas en una pequeña habitación con vistas a la elevada estación de Eberswalderstrasse, en lo más duro del invierno, cuando todo apuntaba a que se nos caería la nariz. Podíamos vagar por Kreuzberg y descubrir con sorpresa a Shandy tocando en el metro, o reunirnos con Tomokky, Marco, Syl y Sara para pasar la tarde en algún parque, mirando al cielo y soñando con cosas imposibles. En este mundo no hay conciencia alguna de la finitud de las cosas. Eso llega después.

Cinéma se va llenando poco a poco de gente, y mi atención vuelve otra vez a esta vida mustia, a este epílogo siempre diferido. El despertar siempre me ha dejado un sabor amargo de des-

ilusión, y la felicidad por el recuerdo se transforma, a medida que pasan los segundos, en esa pequeña historia de los recuerdos tal como los fuimos recordando. Así, me voy alejando de su intuición originaria, y estos recuerdos viven en mí y a la vez se desarrollan y envejecen con el paso del tiempo. Y, de la misma manera que los años nos hacen cambiar de preferencias, así también los recuerdos que más amamos van cambiando. Vivencias de este año, que quizás al principio no me parecieron importantes, aparecen ahora con una significación nueva. El centro de mi atención siempre acaba yendo a los detalles más insignificantes, aquellos que me hacen volver.

Me fijo en un *collage* extraño. Marcas de tabaco de liar, entradas para Wannsee, un sobre de azúcar en latín, una etiqueta de cerveza y una tarjeta de teléfono con *La Noche* de Van Gogh. Sí, un *collage* extraño, lleno de cotidianidad. Aquellas cosas formaban parte del día a día, de aquello que pasaba continuamente por nuestras manos y que yo, por alguna extraña razón, guardaba. Coleccionaba cualquier tipo de papel, pan-

fleto o fotografía de periódico, como un niño colecciona las cosas más dispares, sólo unidas por la ley de una secreta analogía. Volver a mirar todas estas cosas es siempre un redescubrimiento de los objetos con los que convivíamos y que ahora me provocan un asombro indescriptible. Ellos son el ingrediente esencial del sortilegio que podrá generar la ilusión de que siempre estaré aquí, en Berlín, en *Café Cinéma*. Siempre podré volver gracias a la promesa que expresa un billete de metro o el carné de la Universidad. *Voilà*.

No se cuánto tiempo llevo ya aquí, en *Cinéma*. Los retratos siguen donde estaban, me animan a que consigne aquí, con mano temblorosa, su testimonio, al igual que mis amigos. ¿Cómo dar cuenta de tantas y tantas cosas?, ¿cómo explicarme esas idas y venidas de mi memoria, esa profusión de imágenes tan dispares y singulares que me dejan esa sensación de desconcierto por no poder unificarlas, por no poder reducirlas a una sola lectura, a un texto canónico? En cada recuerdo, tal y como nos aparece en esa instantánea, yace un blasón por descifrar, un emblema que en cada

lectura nos va mostrando sus posibilidades, sus enseñanzas y significados infinitos que nos hablan, ya no del pasado, o de lo que fuimos, sino de lo que somos y de lo que podemos llegar a ser.

Enciendo un cigarrillo mientras me acomodo un poco más en mi silla. Una nueva página ante mí, como tantas otras. Cada una con su propia vida, cada una con esa singularidad que la caracteriza. Esta es la de P. J., aquella misteriosa chica belga que como la Armanda de Hesse me guió hasta X y el mundo, sin yo saberlo. Cuando recuerdo a P.J., es como si recordara a un fantasma, alguien que ha visto todas las épocas. Escalofriante.

Ella se ocupó de anotar algún que otro pasaje del *Lobo estepario* y un poema de Poe que sabía de memoria, *Un sueño dentro del sueño*. Aquí, poco después, coloqué una foto del cielo sobre la Columna de la Victoria junto a una entrada de *El cielo sobre Berlín* y, allí, un titular de periódico cuya leyenda aún anuncia *Sobre todo cielo hay tranquilidad*. Esto me viene a la memoria porque horas después, en una fiesta, cuando estábamos sentados en un sillón en medio de un descampado

me preguntó: - *El tiempo cura todas las heridas, pero ¿qué pasa cuando el tiempo es la enfermedad?* Y, acto seguido, relató la historia de un pintor moribundo al que visitó en Bruselas. Al parecer cuando P.J. entró, él la miró y le dijo: - *Ah!, tú eres una cura, quiero pintarte.* Y es que el apellido de P.J. es una antigua raíz nórdica que quiere decir curar. Ella era como uno de esos personajes de Paul Auster, para los que las coincidencias puede que fueran sólo coincidencias. Alguna vez, tuve la sospecha de que era como el ángel de la película, un ángel melancólico en cuyas palabras se podían escuchar los armónicos de la redención.

No puedo evitar sonreír por lo arbitrario de todo esto. Pero, cielo, Berlín, tiempo... son palabras esenciales, pasajes clave para acceder a una dimensión (*de más*) que de otra manera quedaría ilegible para nuestra memoria. Retazos de un gran emblema secreto. Y es que Berlín era una gran alegoría.

A veces tengo la sensación de que un recuerdo lleva a otro, como si esas imágenes fugaces formaran las cuentas de un rosario perenne e in-

terminable que me sumerge involuntariamente en los vastos océanos de una memoria en vaivén. Un abismo subterráneo con túneles que comunican emociones soterradas, pasiones silenciosas que se han petrificado en algún lugar, como una imagen congelada que aún conserva la fuerza de sus rasgos.

Ya es tiempo de dejar estas cosas. Por fin, después de emplear muchas horas para escribir un epílogo imposible, decido abandonarlo todo e ir a ver a X. Ella es lo que queda de todo esto, la prueba de que no fue un sueño. Así que abandono, en el rincón del olvido, a Nori, a Tomokky, a Marco, a P.J. y a los demás, y dejo *Café Cinéma*, cabizbajo, albergando la secreta esperanza de poder volver a tomar un café aquí algún día.

A medida que van esfumándose las últimas horas de este año, el día comienza a declinar y los edificios se van envolviendo en sombras. Los últimos momentos de la tarde alumbran tenuemente las fachadas impertérritas que saludan el paso de los siglos. Mi parada. Greifswalderstrasse. Atravieso la carretera dejando atrás el apeade-

ro del tranvía y sus luces fosforescentes. N° 42. El portal está abierto. X llevará tiempo esperándome para cenar. La he echado de menos en esta tarde silenciosa plagada de fantasmas.

Subo las escaleras hasta el segundo piso con una terrible sensación de desasosiego que crece en mi vientre. Cada peldaño aparece como un recuerdo que dejo atrás, abandonado a una sucesión regular de instantes ausentes, mientras pienso en aquellos que viajan en dirección a Tokio o Bruselas. Partes de mí que desaparecen como pequeñas muertes inevitables. Todo apunta a una disolución de mí mismo, como si un jersey de lana se fuera deshilachando. Me voy acercando a casa de X y la atmósfera se hace espesa, como de funeral.

Probablemente ya no será posible nunca más reconocer al otro tal como lo quisimos. El tiempo siempre cambia las reglas de juego. Permaneceremos en el recuerdo aunque no seamos ya nosotros mismos. Cada uno se imaginará al otro como quiere imaginárselo, pero todo esto seguramente no tendrá ya ninguna importancia cuan-

do suceda y llegará un momento en que no se sabrá distinguir el carácter real de una persona de los anhelos y esperanzas que hemos puesto en ella. Llevo luto riguroso por una vida que no es la mía. Yo ya no soy yo.

¿Por qué no desaparecer sin decir adiós, sin dejar escapar una lágrima o, quizás, hacer una promesa? Me resulta odioso asistir al desmoronamiento de una época. Aunque, en cierto modo, cuando se acerca la marcha es como si ya nos hubiésemos ido.

La puerta se abre lentamente y una sombra se desliza hacia la cocina, a la izquierda. Cierro la puerta tras de mí y veo a Birte, que me indica con un ligero movimiento de cabeza que X está en su habitación.

- ¿Qué tal, X?

X me mira con un gesto lastimero.

- Ya me ves.

La habitación está hecha un desastre. Ropa, discos y libros yacen por doquier. En el centro,

junto a una mesita baja de un azul intenso, está X. Tiene a su lado un montón de fotos y las va pasando una a una con una sonrisa triste mientras suena Billy Bragg.

- Otra vez con Norman, ¿eh?

No hubo respuesta.

Nos tumbamos encima de la cama, abrazados, mientras miramos la ventana inmensa. Una ventana que nos cautivaba, que nos guiaba hacia algo impreciso que ya no estaba en la habitación. En ese momento nos miramos y parece que pensamos lo mismo. El libro de Cocteau. Como niños terribles, aceptamos, entre caricias de ánimo, el fin de la habitación. Nuestra juventud parecía disolverse silenciosamente y, de repente, nos sentíamos muy cansados.

Al cabo de un rato se excusa, dice que tiene hambre y se va a la cocina. Yo no puedo evitar la tentación de revolver entre sus cosas: fotos de gente que no conozco y que sonríen a X desde donde quiera que estén. Al lado reposa un cuaderno, un diario de viajes con sus hojas garabateadas.

das en tinta azul de bolígrafo Bic. Al pasar las páginas, un papel un tanto arrugado cae al suelo. A modo de título, una frase escrita en letras de imprenta dice: "Idea para un informe sobre nuestra estancia en Norman (USA)". ¿Tal vez demasiado sentimental? Añade debajo otra frase escrita a lápiz. Sigo leyendo intrigado:

Llegamos a Norman en agosto, en una noche en la que el calor se hacía difícil de soportar. Desde las ventanas del coche que nos traía del aeropuerto veíamos las luces de neón y nos preguntábamos cómo sería vivir entre ellas. Nueve meses después, en una mañana fría, otro coche hizo el camino inverso y cogimos el avión de vuelta, con el estómago revuelto y agarrándonos como podíamos a la esperanza de que aquello no fuese el fin. Entre esos dos viajes vivimos en un mundo efímero que no era la realidad, pero es con esos estados de excepción distintos a la vida real con los que se forman los recuerdos. Los que un día, cuando la memoria de Norman ya no nos duele por dentro, nos harán estremecer sin saber si es reproche o gratitud lo que sentimos.

Mientras leía no podía evitar pensar en *Cinéma*. Como tantos fines de semana, al caer la noche, *Café Cinéma* se volvería a poblar de animales insomnes, de filósofos de la noche y poetas del deseo. Todo sería posible una vez más. Cada gesto, cada consigna, cada calada a un cigarrillo volverían a dibujarse como toda una declaración de principios. Ahora, las miradas, los pensamientos y susurros de todos aquellos que amamos entonces residen anónimos para el mundo en fotografías que yacen, ya no en la pared de un pequeño café de Berlín, sino en el fondo de mi maleta, o en la de X, o en la de P. J.

Hoy, después de tanto tiempo sé que lo que vivimos en Berlín era en cierta medida como lo que sugerían los rostros de *Cinéma*: tanto ellos como nosotros éramos ciudadanos de un estado de excepción. Los nombres con los que evoco a aquellos que amé no son más que nombres; no se trata del conocimiento profundo de una persona real, de sus sentimientos y temores más secretos, sino del reconocimiento a vista de pájaro de un carácter, intenso e inolvidable, cuya pérdida duele por den-

tro. Siempre pensé que nadie lo hubiera podido describir tan bien como X, cuando evocaba, a través de sus fotografías, Norman, Estados Unidos. Fue aquella noche, mientras mirábamos la ventana con ansiedad. Cada vez que se lo hago repetir, aún hoy, tengo la misma sensación, como si yo sintiera lo mismo, y no importara realmente dónde había estado sino cómo había vivido. *Llegamos a Norman en agosto, llegamos a Berlín en septiembre, en una noche, en un día, en que el calor se hacía difícil de soportar, en que la fría brisa de la mañana bañaba nuestros rostros ...*

DANIEL CUEVAS LINERA

Institución de Origen:
*Universidad de Oviedo,
Facultad de Geografía e Historia*

Institución de Destino:
*Humboldt-Universität zu Berlin
(Alemania)*



ELLOS SON LO IMPORTANTE

GUILLERMO MUÑIZ ESTRADA

Institución de Origen:
Universidad Politécnica de Madrid
Escuela Universitaria de Ingeniería
Técnica Industrial

Institución de Destino:
Ecole d'Ingenieurs en Génie des
Systèmes Industriels (Francia)

LECCIONES DE VIDA

El avión aterriza sobre la nueva ciudad. Estás ansiosa, expectante de saber cómo va a ser el lugar en el que vas a vivir. Desde el aire se ve verde, lleno de casas bajas rodeadas de árboles. Llueve. Con tu bolsa de mano te vas sumergiendo en una atmósfera distinta a la tuya. Aunque sigues escuchando conversaciones en tu idioma, éstas se van fundiendo lentamente hasta desaparecer en una masa de lengua inglesa que poco a poco va bombardeando tus sentidos. Carteles publicitarios en inglés y cientos de personas que van expresándose en otra lengua, con otro tono y unos gestos distintos a los tuyos.

Un cuarto vacío, impersonal, sencillo y cerrado te acoge al llegar. Paredes desnudas, silencio y separación. Nostalgia de tu hogar y tu gente te inunda al poner la primera foto en la pared.

Sí, éste es un plato típico de china. Así con verdura esta mejor. Es el plato que mi madre siempre prepara en el Año Nuevo Chino, que para nosotros es una de las fiestas más importantes del año. Se come con palillos. No, así no: debes cogellos desde un poco más atrás.

Empiezas a ver borroso. Es tu tercera pinta y has vuelto a fallar. Tendrás que beber dos de-dos más. Dudas si serás capaz pero haces caso de la capitana y bebes. A tu lado una chica algo rolli-za ríe con nerviosismo. Falla a su vez y se termina su sexta pinta.

Domingo. Entrenamiento de baloncesto, limpieza de ropa y orden de cuarto; escribir a los

amigos, comer todos juntos y al pub de la universidad. El campus huele a ausencia. Envidias a las inglesas que hoy comerán con sus familias en una casa de verdad.

Respiras el aire fresco de la noche. Las casas en la lejanía parecen brillos que se le escapan al oscuro mar. Hablas y te ríes con tus amigos hasta que estalla el primer fogonazo y os quedáis absortos en su color. Te sientes vivo y pleno mientras ves subir los hilos de fuego acompañados de la magia de la música.

Blue Angel es el antro más barato de la ciudad en la noche de estudiantes. Piel desnuda y blancas se congelan en el exterior, unidas a la larga cola del local. Dentro, sudor, cercanía, desinhibición bañada de alcohol se mece al ritmo de una música que estalla juventud.

El mejor hotel de la ciudad está de gala. Chispas de *glamour* se desprenden de los trajes de colores con que las estudiantes se han vestido para la fiesta, en contraste con el elegante negro de los chicos. Juegos, baladas, risas, se dis-

tribuyen en las distintas salas de la fiesta. Tú, al lado de la persona a la que quieres, sólo te fijas en el brillo de sus ojos y en esa sonrisa enamorada con la que te acaricia al bailar.

Las doce de la mañana. No contesta cuando llamas. La encuentras desnuda en un cuarto lleno de basura. Tiene los ojos enrojecidos y las manos le tiemblan. La miras con una mezcla de ternura e indignación. Has vuelto a faltar a clase. Por favor, no sigas así. Te mira y sonrío. Tú no tienes ni idea de lo que he vivido, ni de lo que la vida te puede llegar a hacer sentir.

Son las 7 de la mañana, y por fin se ha acabado tu trabajo. No puedes más y sólo piensas en el momento de meterte en la cama. Graniza. No llega el autobús. No tienes dinero para coger un taxi. Te subes al primer autobús que pasa, sin importarte a dónde va. Estás cansado, tienes frío y hambre. Al conductor se le ocurre bromear y sin poderlo evitar rompes a llorar.

Es una diferencia sutil, y tú a lo mejor no te das cuenta, pero yo sé que existe. Yo sé cómo algunos me miran y piensan que soy inferior porque

soy coreana y por mis rasgos orientales. Para mí es más difícil buscar trabajo, o sentirme totalmente integrada en un grupo de europeos. Me siento diferente y eso no me deja ser libre para hacer lo que quiero.

Sábado por la noche. El autobús que va a la ciudad está repleto de gente que va desde el campus. Risa contagiosa, ganas de divertirse. Miras a tu alrededor: 7 franceses, una italiana, una húngara, 4 chinos, 2 coreanos, otra española, 2 irlandeses y algunos ingleses. Habéis estado en una fiesta en la residencia de los franceses, os habéis divertido bailando rock y aprendiendo bailes de otros lugares.

El cuarto está en penumbra, pero la débil luz que entra por la ventana recorta su figura sobre la cama. Te sientas a su lado. Tiene una gasa húmeda en la frente. Un olor rancio te habla de miseria y de pálido abandono. Sus ojos están entrecerrados por la fiebre, pero al sentirte trata de incorporarse, y descubres un torrente de nostalgia en su mirada. Le tocas la frente y sientes que arde. En un impulso te coge la mano y luego la re-

tira avergonzado, recordando que lo vuestro ya ha acabado y que no puede hacer nada para volver al pasado. Le suenan las tripas. No ha comido nada en todo el día. No tiene comida, ni nadie que se preocupe en ir a por ella. Te estremeces al pensar cómo su dolor le ha ido alejando del mundo y cómo poco a poco el mundo, inverso en su indiferencia, le ha ido olvidando.

No sabes cómo la situación se os ha podido ir tanto de las manos. Se acercaron preguntando algo amistosamente y ahora os están insultando y han empezado a empujar a tu amiga coreana. No tendrán más de 14 años y sin embargo se han pasado bebiendo toda la tarde. Parece que les molesta que seamos extranjeros, diferentes, que no tengamos su mismo color de piel o de ojos. Decides marcharte, pero os empiezan a tirar palos y a salpicar con parte del alcohol que les queda. Te marchas, y mientras ves llorar a tu amiga, ya no te parece el parque tan bonito ni la puesta de sol tan asombrosa.

Habías notado que tenía algo distinto a los demás. Cuando te dijo que era cristiana empezas-

te a entender su calma, su suavidad y su cercanía con la gente que más lo necesitaba. Esta noche, oyéndola cantar una vieja canción de los Beatles te mira con sencillez y después de hablar con ella sientes el corazón un poco más esponjado.

¿Os importa que comamos con las manos? Lo solemos hacer entre nosotros, pero si os molesta no pasa nada. Así es como lo solíamos hacer en Sri Lanka. Sí, la verdad es que huele bien. Preferimos cocinar por nuestra cuenta siempre que podemos: no nos gusta nada comer en el comedor. Además, como somos vegetarianos, muchas veces no podemos escoger más que un plato y suele estar asqueroso. Aunque nuestra religión no lo prohibiese tampoco comería cerdo: me parece un animal sucio. No sé, no me gusta.

No puedo seguir estudiando. Levanta la vista y te mira con un gesto de resignación, como si estuviese transmitiendo algo evidente y le extrañase que todavía no supieses que era así. La situación en Bulgaria está muy mal. Con 3 días trabajando aquí se puede ganar lo mismo que trabajando un mes en mi país. Mis padres no se pue-

den permitir pagar todo esto. El año que viene voy a quedarme trabajando de camarera o de lo que me salga, y así ahorrar y poder seguir estudiando más adelante. Le miras a los ojos y sólo ves determinación. Maldices a la vida que con su rueda cruel aplasta a quien menos lo merece. Impotencia, decepción y desencanto afloran de lo más profundo de tu alma, mientras te preguntas si realmente podrá seguir estudiando o si será alguien más que se pierde en los resortes de un mundo mal estructurado.

Os ponéis de pie para entonar el himno. Sonrías ilusionado porque es uno de tus favoritos. Te sientes cómodo entre esa gente. No te importa que la mayoría sean protestantes, y te sientes más unido por lo que hay de común en vuestra fe, más allá de nombres y divisiones.

Sí, me chocan muchas de las cosas que veo aquí. En Europa todo parece ser muy antiguo. Me sorprende ver las aceras y los edificios de las ciudades; me parecen antiquísimos. También hay muchas palabras que me sorprenden, y es casi imposible para mí descifrar el acento de Liverpool.

Además yo creo que en América no bebemos tanto.

Yo le dije que cuando dos personas están enamoradas no hace falta nada más. Ella me miró tristemente y me contestó que eso no es así, que hace falta algo más. En ese momento no entendí lo que me quería decir. Cuando se fue, mi mundo no tenía sentido sin ella. Cuando vives en este lugar de paso, aprendes a llevar la ausencia como parte de tu vida, como si éste fuera el precio que has de pagar por los momentos de felicidad que has pasado con las personas que quieres. Al empezar una historia de amor sabes que tiene fecha de caducidad. Sin embargo, con ella es distinto: la soledad atenaza mi alma cuando no tengo su olor, su sabor, su risa provocadora, su mirada. Después de todo lo que he sufrido para conseguir el dinero para el billete, no me han dado el visado para ir a verla. Ella no va a venir. La quiero con toda el alma y ella ya se habrá olvidado de mí. Ahora sé a qué se refería.

Mi vida es la música. Ahora voy dando giras esperando que alguien se fije en mí y me dé la

oportunidad por la que muero. Voy dando conciertos comerciales donde puedo para salir a flote, pero no pierdo la esperanza de triunfar.

Tumbada en tu cama miras las paredes de tu cuarto. Ha pasado mucho tiempo desde que llegaste y ahora las paredes están vestidas de rostros, de recuerdos, de propósitos cumplidos y deseos pendientes. Cada rincón de tu cuarto es una expresión de tu vida, de todo lo que has vivido en estos meses. Fotos de amigos que se fueron, un regalo de pascua, un pollito de papel que hizo una amiga en su taller de manualidades, postales de los lugares que has visitado, una poesía del chico del que te enamoraste... Tantas cosas has vivido que te gustaría dejarlo así, no volver a desnudar las paredes, que tanto han visto. Desde el primer día que comiste con tus amigos, la primera fiesta interrumpida por la tutora porque hacía ruido, y también momentos de soledad y

tristeza. Te gustaría no irte nunca, dejar todo como está. Pero vuelves a la realidad y vas quitando lentamente tus recuerdos de la pared.

El avión despegaba como en una explosión. Aún tienes la cara húmeda de las lágrimas que has vertido por tener que dejar el lugar en el que tanto has vivido. Te resistes a alejarte de esa gente tan distinta a ti, de tantos países distintos del mundo y que sin embargo han sido tu familia durante este año. Y de repente una racha de lucidez te recuerda que, aunque este ha sido un año especial de tu vida, tu futuro está en otra parte. Y mirando ya desde arriba los ladrillos de este lugar en el que has aprendido tanto, te das cuenta de que es un lugar de paso, un sitio para formarse en la vida y seguir adelante. Un mosaico de realidades distintas en el que das y recibes, pero que debes abandonar para seguir adelante. Y te vienen a la cabeza las palabras de una amiga: "Aunque nos cueste admitirlo, estamos solos. Por mucho cariño que le cojamos a alguien vamos a tener que aprender a separarnos y a seguir adelante". En tu interior te rebelas contra esta frase.

Te vas, pero te llevas dentro algo de todas las personas que has conocido. Todos los sonidos, los colores, los olores, los rostros y los sabores distintos de los que has gozado. Te llevas todas las historias y los sentimientos de las personas a las que has querido. Te vas, vuelves a la rutina de tu ciudad, pero ahora puedes decir que has vivido.

INÉS GIL-DELGADO
ARMADA

Institución de Origen:
*Universidad Pontificia de Comillas
(Madrid)
Facultad de Ciencias Humanas y
Sociales*

Institución de Destino:
*Liverpool Hope University
(Reino Unido)*



RECUERDOS DE LA PLAYA DE OSTIA

NEREA PORTUONDO
MURGIONDO

Institución de Origen:
*Universidad Pompeu Fabra,
Facultad de Ciencias Sociales y
de la Comunicación*

Institución de Destino:
*Università degli Studi di Roma Tre
(Italia)*

TÚ, YO Y ROMA

Cogió la botella de vodka por el cuerpo y bebió un gran trago. La luz del día recién nacido iluminaba el brote de burbujas de aire dentro de la botella que agitaban el alcohol transparente. Su garganta estaba hecha ya a la fuerza del líquido y cada vez los tragos eran mayores y el flujo de las burbujas más duradero. Cuando apoyaba la botella continuaba con su discurso sollozante y yo, borracho, la escuchaba y comprendía como si de mí mismo se tratase. La mañana nos fue arrojando con disimulo. Cuando quisimos darnos cuen-

ta Teresa y yo nos encontramos apoyados en un coche que alguno no pudo conducir y rodeados de cientos de vasos de plástico rotos. Un barrendero trabajaba indiferente al son de la música de su *walkman* mientras varios gatos se paseaban chulos frente a nosotros, que, inmersos en nuestro viaje, nos mirábamos con ojos vidriosos y atentos. El aguafuerte ya nos había hecho buenos amigos a esas horas de la mañana y nuestra conversación había ido progresivamente convirtiéndose en una confesión sincera y privada. Poco a poco, mientras sostenía la botella entre sus piernas y la miraba sin verla, la charla se hizo más y más dramática; y a medida que su discurso fluía, sus ojos fueron tomando la consistencia del vodka. Entonces me miraba con una pena inmensa e intentaba hablar entre lágrimas puras queriendo ser escuchada, como si jamás ningún oído hubiese tenido el privilegio de oír aquel discurso que le dictaba el corazón. Yo conmovido y halagado no pude más que abrazarla y besarle el pelo mientras la apretaba contra mí. Sólo salían de mi bo-

ca ya palabras de consuelo, verdades que no me costaba decirle: la comprendía, y en parte me identificaba con ella. Luego, casi súbitamente, se incorporó para secarse las lágrimas y pedirme perdón por el número. Aun con la cara sonrojada y los dedos mojados agarró con fuerza la botella y le dio otro gran trago tras decir una frase que nos hizo reír a los dos. Yo contento le pedí el cristal y deje caer los 40° por mi garganta. Aquella situación nos habia acercado más que diez mil botellas de vodka y a continuación nos besamos en la boca y nos miramos a los ojos despues de despegar nuestros labios...

Teresa y yo nos conocimos en Roma. Una noche de botellón español en el Coliseo al principio de nuestra beca. Yo estaba allí en general porque Madrid lo había agotado y en particular porque en aquel lugar era donde se celebraban los botellones. Ella porque Valencia la agobiaba y porque aquella noche sus compañeros de Facultad la habían llevado allí. Pronto entablamos conversación motivados por la grandeza del lugar. Ella era es-

tudiante de Bellas Artes y yo de Historia del Arte, lo que nos facilitó romper las primeras capas de hielo. En realidad aquella nuestra primera conversación no fue del todo amistosa. Sus ideas sobre arte eran muy diferentes a las mías. Si ella sentía gran admiración por Lucian Freud, yo por Malevich. Si el arte comenzaba para mí en 1910, para ella en el siglo V a.c. Ella reivindicaba su condición de artista figurativa evocando la importancia de la técnica; yo, inmerso en el texto, daba mayor interés al arte de idea. El conflicto terminó cuando Teresa sacó su dossier y me mostró sus pinturas. Entonces no pude más que escucharla y halagarla. Aquellas pinturas me parecían maravillosas. Cuerpos desnudos de gordos y flacas, cuerpos encorvados y viejos, algunos con grandes deformidades, otros con manchas en la piel, pero todos de mirada seria y triste. Eran hombres sin atuendo ni identidad, hombres comunes reflejo de la realidad y lo sincero. Quizás algunos fuesen importantes banqueros y otras anoréxicas, otros limpiazapatos o profesores ju-

bilados, pero allí, sólo se veían hombres de carne y hueso, gente cotidiana que reivindicaba desde su anonimato el verdadero atributo de la dignidad. Cuando acabé de ver las fotos, le dije que sería una gran pintora, que llegaría a vender muchos cuadros. Y ella, sabedora de su talento, acostumbrada a esas frases, me contestó con una coletilla que probablemente habría repetido mil veces. La noche la pasamos a varios metros el uno del otro. De local en local. Yo no quería delatar que me había gustado y sólo me dirigí a ella en pocas ocasiones temeroso de que lo percibiese. Me limité a observarla en el reflejo de algún cristal o semiescondido tras varias cabezas. Entreoía lo que alguien me hablaba y me aburría. Sólo quería continuar con la conversación del principio: preguntarle por técnicas, por gustos, por saber de dónde era, cuándo había llegado o dónde vivía y, lo más importante de todo, poseer su número de teléfono. Decidí entonces acabar mi cerveza e ir a pedir otra para aprovechar el movimiento y situarme junto a ella. La noche se acababa y mi

tiempo también, pero por fortuna mi estrategia dio resultado.

Tardé una semana en marcar aquel número de teléfono, justo el periodo de tiempo que separaba una fiesta para los estudiantes Erasmus de la siguiente. Aquella fiesta fue un desastre. Todos, suecos, italianos, portugueses, griegos, franceses, suizos, ingleses, y mayoritariamente españoles bailaban borrachos y cantaban música pachanguera "made in Spain". Que si "Macarena". Que si "Arroz con bacalao". Que si "Chiquilla". Y yo allí atormentado preguntándome de dónde diablos habría sacado aquellos discos el dj. Entonces no quería más que salir de allí junto a Teresa, y la veía hablando con Lucía, la química gaditana que había perdido su fianza por no acudir a una simple cita. Y yo me desesperaba sin saber cómo podría marcharme con ella de la discoteca. Y para más inri de nuevo tenía que escuchar el italiano fluidísimo de Stephanie, una despampanante rubia vienesa que hablaba otros tres idiomas y cuya meta era la de ser diplomática. Con

el tiempo supe que la gente la llamaba "la caballo", si bien yo nunca vi en ella rasgo equino alguno. En el fondo no me iría mal del todo: Stephanie era una gran conversadora de fácil carcajada que se prestaba domada a enseñarme el italiano que yo no sabía, y cierto es que con ella aprendí expresiones coloquiales como "in boca lupo" o "scopare". Fue entonces cuando, gracias a la visita de mi gran amiga Stephanie, Teresa se acercó a nosotros para decirme al oído que nos marchásemos de allí. Yo la miré alegre y le dije que sí, que no habíamos venido a Roma para escuchar música prototipo de la piratería y encima española. Y nos marchamos.

Salimos rápido del local y doblamos la esquina más cercana para comenzar un paseo. Bajamos por via Cavour para ver el ábside de Santa Maria Maggiore, la iglesia de vocación mariana más importante y una de las siete basílicas de obligada peregrinación en Roma, mausoleo del vital Bernini. Y mientras observábamos el templo describíamos con acidez las disparatadas acciones

de los estudiantes Erasmus en la fiesta. Juancho, el de Vitoria, le había arrebatado el micro al mc. de la fiesta y subido al altavoz gritaba desgañitado "I want to be free" al tanto que todos sus compañeros de piso le hacían la ola en la pista. En otro sitio, menos visible, Juliette, la filóloga francesa, arrinconaba contra una columna a Paco, que receptivo la besaba con desenfreno báquico. Otros brindaban al *striptease* de su amigo sobre un pedestal y otros, águilas, se dedicaban a divisar desde buen puesto de vigía su inmediata presa. Nosotros pronto nos apaciguamos respaldados por la tranquilidad de la madrugada en su cesar de coches. Decidimos sentarnos en la via dei Fori Imperiali, uno de los lugares más bellos de Roma. Allí, frente a nuestra mirada cultivada, podíamos ver el foro que Trajano mandó construir en el siglo II para conmemorar su victoria contra Dacia, la actual Rumania, o el que mando construir Cesar, o el de Octavio Augusto... Elegimos un banco privilegiado, uno al que iríamos muchas veces más, y nos sentamos a contemplar

las majestuosas ruinas de los templos, levemente iluminados sobre la noche oscura. Permanecimos en silencio un poco: quizás ella porque estaba contemplando el lugar; yo porque tenía un nudo en la garganta del tamaño de un corazón. Entonces, probablemente para disipar la tensión, Teresa dijo que allí y en lugares tan bellos como aquél siempre le venían a la cabeza palabras bonitas. —Mira, *la libertad... la felicidad... la belleza... la verdad... ¿Y te das cuenta?*: todas femeninas. Pues sí, es verdad —dije mientras comenzaba a buscar palabras masculinas tan sublimes como las suyas. Hombre... *el amor es masculino* —dije. ¡O *el descanso! Y el sosiego*—y me alegraba. Ya... pero *la verdad, la vida... la poesía, la pintura, la escultura, la música*. Sí, al arte te refieres— le contesté antes de reírme. No te rías tanto, que el engaño o el dolor no son nada bueno... ni el mal, ni el asesinato. Mujer, *la mentira, la enfermedad, la maldad y el bien, la muerte...y la vida* —dije. Creo que sería difícil saber si las palabras femeninas son más bonitas que las masculinas. Lo que pasa es

que no tienes paciencia—dijo Teresa. Bueno, la verdad es que creo que suenan mejor. Mira una palabra que siempre me ha gustado es *ciruela*. O *aldaba*, o en general el nombre de las mujeres: *Lola... Elena... Natalia... ¿Pero Ernesto? ¿O Ricardo? ¿Óscar?* Me parecen realmente feos —dije. Y allí permanecemos un buen rato oyendo palabras que nos gustaban o desagradaban hasta que decidimos marcharnos para regresar a nuestras casas. Nos dirigimos hacia piazza de Venezia, desde donde salen los autobuses nocturnos. Allí nos despedimos y cada uno cogió su autobús. Yo hacia el norte, por via Cassia; ella hacia el este, por via Tiburtina...

La semanas pasaron muy rápido. Iglesias, cambios de casa, clases, pasta en el comedor de La Sapienza, la universidad de Roma, fiestas, museos. Todo cambió al día siguiente de la botella de vodka. Teresa y yo habíamos dormido ya juntos muchas veces. Como era habitual entre los estudiantes Erasmus que vivíamos en la periferia, pero nunca nos habíamos dado ni un solo beso.

Cuando nos despertamos, un enorme dolor de cabeza apaciguaba nuestros nervios por lo que había ocurrido la noche anterior. Pasamos el día en su pequeña casa tratando de hablar con Cicca, su compañera de piso. Las dos habían encontrado una pequeña casa con jardín por un precio irrisorio al este de la ciudad. La casa se encontraba en una calle bellísima de ligera pendiente en la que se repartían las casas con canon renacentista. Eran casas de una y dos plantas semiocultas por grandes árboles que le daban al barrio una alegría inusual. Bajar desde la casa de Teresa hasta la parada del autobús era un ligero ir y venir de sonrisas y saludos entre los vecinos, que nos miraban contentos por albergar en su calle a dos españoles. Aquella misma noche me quede allí con Teresa pues Cicca había marchado como todos los fines de semana a Viterbo, su ciudad natal. Los días fueron pasando, con sus noches; luego las semanas, y así llegó el mes. Cuando quise darme cuenta, llevaba un mes sin aparecer por mi casa. En un mes solo había dormido allí dos noches y aún no había pagado el alquiler.

Teresa y yo eramos ya inseparables por aquellas fechas. El modo en que conseguí finalmente ser inquilino en casa de Teresa es complicado y más bien privado, por lo que solo tendría cabida en un diván o en un gabinete de crisis. Nos levantábamos juntos, comíamos juntos, comprábamos juntos, cenábamos juntos y nos acostábamos juntos. A partir de ese momento, hasta que nos despedimos, Teresa y yo pasamos juntos venticuatro horas al día durante el transcurso de nuestra beca. Cicca desapareció en el preciso momento en el que yo aparecí en la casa, un misterio.

II

Allí era donde nos gustaba estar, donde nos encontrábamos bien, el lugar donde bajábamos la guardia. Allí no apartábamos la mirada y el silencio no incordiaba. Y lo decíamos, cuando no teníamos ya de qué hablar. En horizontal nos volvemos buenos y confiados. Las dobles lecturas

desaparecen y todo está en orden, fluido, sincero, abierto y cerrado. Las guerras no se darían si los diplomáticos platicasen tumbados. Y se dirá que todos lo hemos hecho, que todos hemos estado horas y horas tumbados en la cama con nuestra pareja. Pero nuestra cama era grande, muy grande; no un campo de fútbol, ni una playa africana: era una cama amplia, lo suficiente como para dormir entre el mechero o el teléfono móvil sin notarlos o tirarlos al suelo, y cómoda, muy cómoda. De dureza perfecta: recostarse en ella era tumbarse desnudo en una pradera sin sentir el picor de la hierba, o sobre la arena blanca y fina de una cala sin que ésta se te pegase al cuerpo. Pero lo más importante es que aquella cama estaba en Roma. Y tumbado sobre ella no se veía por la ventana Santa Maria sopra Minerva ni Santa Maria della Victoria; sólo se veían los balcones del bloque de enfrente a pocos metros, pero se oía el ir y venir de las conversaciones de los vecinos, o sus músicas italianas tan semejantes a las españolas, y eso nos recordaba que estábamos allí con ella, en Roma.

Pasar horas y horas, días, en la cama no era traicionar a la ciudad, dejar de lado sus calles y sus *palazzi*, sus fuentes. Era como estar tumbado sobre ella, como sobrevolarla acariciándole las sábanas. Besar a Teresa en la cama era besarla frente al Pantheon; verla dormir con la boca entreabierta era verla sentada en Piazza del Popolo o caminando por Villa Borguese... y así nunca estábamos separados, Roma, Teresa y yo, juntos, como nos gustaba estar. En ocasiones, Roma se hacía cama. Grande y cómoda. Otras, la cama se hacía plaza o calle, fuente barroca. Y consumir el tiempo en la cama era consumirlo en Roma. Y por eso nunca queríamos irnos de ninguno de los dos sitios. Raphael nos contagiaba su ternura, Botticelli su delicadeza y así siempre nos encontrábamos en un estado afable y sosegado. Unas veces porque veníamos de encontrarnos con los grandes maestros; otras porque salíamos de nuestra cama. Cada instante era como contemplar la Inmaculada más divina y humana, Teresa o la Madonna della Seggiola, Teresa o el nacimiento de Venus. En ocasiones me confundía: no sabía

si admiraba un lienzo o una persona. Era como estar todo el día paseando por un paisaje de Leonardo, como vivir con una musa renacentista. Nos encontrábamos en un estado extático, como si la piazza de San Pietro nos hubiese inyectado su ambiente celeste. Como si Michelangelo nos hubiese esculpido en la piedra de Carrara. Aquellos días pude tocar el arte, vivirlo, hacer el amor con él. Cociné para las vírgenes más bellas, cené con todos los ideales de belleza, con cada canon universal, y así los meses pasaron a la altura de la Capilla Sixtina. Sosegados, bellísimos, rebosantes de amor y virtud.

Llegaron los exámenes y solo nuestro letargo nos permitía afrontarlos tranquilamente. Un clima de estudio se apoderó de la casa. Los libros se desperdigaban por el pasillo, las hojas escritas y los vasos de café vacíos se repartían por el suelo. Un intenso olor a óleo perfumaba la casa. Tumbado en la cama, podía ver varios botes de aguarrás repletos de pinceles apoyados sobre varios tomos gruesos. Lienzos aún frescos convertían la habitación en una improvisada galería de

arte. Nuestra casa se convirtió aquellos días en una mezcla de biblioteca y estudio de pintura. Posé para Teresa, aunque no fue por eso por lo que sacó matrícula de honor. A mí me hacía feliz: si no pasaba a la historia del arte de una manera lo haría de otra. Me sentía como un papa al que el mejor artista del momento acudía a retratar a su propia casa. Quizás algún día podamos ver un desnudo del representante de Dios en la Tierra. Teresa fue progresivamente poniéndose nerviosa. Era muy exigente con su pintura y nada de lo que pintaba le gustaba. A cada momento me reclamaba para darle mi opinión sobre los colores y las formas. Y yo inmerso en mi lectura de crítica de arte no podía más que decirle que eran maravillosos, que me encantaban, y la besaba hechizado por su talento.

Los exámenes llegaron y nuestro trabajo dio resultado. Corre la oscura leyenda de que los estudiantes Erasmus aprueban fácilmente pero no es verdad. Los exámenes son largos y orales. Están plagados de preguntas que abarcan todo el contenido de los libros y que no cesan hasta que

uno se encuentra acorralado. Por eso me sentí orgulloso al ver que había pasado todas las pruebas y que con mejor o peor fortuna las notas habían sido buenas. Teresa no tenía problema: su mano izquierda prodigiosa fascinó a los profesores y sus cuadros corrieron de boca en boca por la escuela. Cuando acabaron fuimos a cenar a la via del Seminario, una pequeña calle que une la via del Corso con la piazza del Pantheon. Allí hablamos a la luz de las velas y reímos contentos por nuestra aventura.

Los días se agotaban vertiginosamente y a medida que éstos disminuían la tristeza se apoderaba de nosotros. La beca había sido maravillosa y su término era dejar atrás a una amiga, una vida distinta. Volver a la cotidianeidad, a la fealdad de nuestras ciudades, separarnos, despertar del sueño en el que habíamos vivido hasta ahora. El día antes de la partida nuestras miradas ya no eran las mismas. Sus ojos me decían adiós cada momento y nuestras conversaciones se hicieron frías y distantes. Cada uno sabía dentro de sí que aquello jamás se repetiría, que nunca más volve-

ríamos a vernos. Roma era nuestra ciudad, la única a la altura de poder albergar nuestro amor.

Echamos un último vistazo a la casa. Teresa cerró la puerta y descendimos la calle en silencio. Nos dirigimos a la estación de Termini y nos despedimos para siempre dejando nuestro amor en nuestra Roma.

Alcalá de Henares, octubre de 2002

EDUARDO LAMPARERO ESTEBAN

Institución de Origen:
*Universidad de Alcalá de Henares,
Facultad de Filosofía y Letras*

Institución de Destino:
*Università degli Studi di Roma
"La Sapienza" (Italia)*



CONTRASTES

FRANCISCO
PUERTO
ROMERO



Institución de
Origen:
*Universidad Rey
Juan Carlos. Madrid
Facultad Ramón
Carande*

Institución de
Destino:
*Oulun Yliopisto
Universidad de
Oulu (Finlandia)*



RELOJERÍA Y REVOLUCIÓN

El viaje. El viaje. Es difícil entender qué es lo que pasa realmente cuando uno, casi de repente -porque, aunque se sepa muchos meses antes adónde se va y cuándo se parte, hasta las últimas horas se sigue estando ahí, viviendo-, coge sus maletas y se muda de universidad, de casa, de ciudad, de gente, de horas, de luz. De lo que sí estoy seguro es de que no tiene mucho que ver con la nostalgia, la añoranza, sentimientos más literarios que reales. Al fin y al cabo, uno sigue siendo siempre uno mismo, si ya era algo, y, por más apego que tuviera a las cosas y a las gentes que le

rodeaban en su país, consigue construir un mundo allí donde llega. Sentar raíces. Al fin y al cabo, cuando uno cruza por última vez el umbral de su habitación, de su casa, del aeropuerto o de la estación de trenes o autobuses; en realidad no se da mucha cuenta de que no va a volver a poner los pies allí hasta pasados varios meses. Lo sabe, claro, pero no lo siente, pues bastante trabajo tiene ocupado como está en avanzar -poner un pie detrás del otro arrastrando el equipaje-, en despedir a parientes y amigos, lo que se suele hacer con desmesura -como si fuera algo muy distinto a las despedidas cotidianas, indiferentes o falsas por la certeza de volver a encontrarse más o menos pronto-: no va la distancia a cambiar las cosas... O sí. Cambia las cosas la distancia, cambia el trato; no hay presencia, no hay encuentros, pero basta sólo saberlo y no obstinarse en desear lo imposible. Basta sólo no crear el sentimiento de la ausencia, del dolor, y esa tensión que sólo angustia. Sólo cuando uno es separado de alguien cuya presencia se le ha vuelto imprescindible para seguir viviendo resulta difícil no generar esos sentimientos, y cada metro recorrido

hacia la lejanía es sentido como una punzada que se hunde y hiere siempre más. Mal de ausencia. De distancia. Si uno parte ya solo, aunque sabe que va a estarlo todavía más, porque le faltarán esos puntos de referencia que en todo sitio donde se lleva tiempo viviendo sirven de apoyo y engañan a una real soledad, y aunque sabe que va a tener que endurecerse todavía más -si cabe- para sobrevivir sin llorar, si uno parte solo ni del desplazamiento se da cuenta. Misterio del desplazamiento, que, estando cargado de potenciales emociones para el ser sedentario, llega a ser simple, hasta vano, en el momento en que se hace asequible y es uno, uno mismo, el que se desplaza. El desplazamiento se convierte en emoción cuando se ha convertido, por la repetición, en esencia; en hábito, en constante, en rasgo que define -como itinerante, como viajero. "Viajar" -y "partir", "volver"- es entonces pensado y pronunciado como dentro de una cueva, con múltiples resonancias.

No abandoné mi ciudad. No huí, no tenía nada de que huir, y siempre quise volver, volver a mi ciudad. Fui solamente en busca de esas maravillas de que había oído hablar. No las encontré, o lo que

me ocurrió no me pareció realmente excepcional, quizá porque tiendo a mirar la vida con desencanto, quizá porque no he aprendido todavía que no existe en el mundo nada excepcional, que la vida no es nada, nada más que lo que queremos que sea, nada que no le demos con nuestra imaginación. Pese a eso, caí en la magnificación que se estila en la narración de viajes, de aventuras, de toda salida de la normalidad. Tendí a mirar las cosas con los ojos de quienes, de entre mis conocidos, las hubieran mirado con pasión. Y así fui moviéndome, fui avanzando, descubriendo, y relatando -exagerando- a quienes lo relatado podía encantar. Fui asociando cada cosa nueva a una antigua, a alguien conocido que en mi mente se le aparejaba. Me sorprendieron algunas cosas, es cierto, y sentí. Sentí mientras estuve rodeado de sentimentales, y me volví indiferente cuando me aproximé a estatuas que guardaban su calor en las venas, ocultas, por descubrir. Descubrí. Descubrí esa sangre y su calor secreto. Descubrí que en todas partes cuecen habas, y que cada haba, parecida a otra que se cuece en otro rincón del plane-

ta, es distinta de la que tiene al lado: algunas radicalmente distintas, otras que casi se diría que son idénticas. Descubrí que no hay caracteres nacionales, que los tópicos que circulan sobre los pueblos son difíciles de rastrear en el contacto directo con cada uno de sus miembros, aunque quizá respondan a algún rasgo que subyace -muy en el fondo- a todos ellos. Que en cada ciudad -incluso en la propia, aquella que parece conocerse demasiado- hay siempre alguien por descubrir y por descifrar, por entender -que cada individuo está realmente por descubrir. Que se puede creer una cosa y su contraria, pero que la mayoría de los seres tienden a creer (a contarse a sí mismos) sólo una, y a mantenerla todo el tiempo que sea posible, para poder definirse. Y que, mientras que todo está en todas las cosas, en esa tendencia hacia el *algo* las incompatibilidades pueden volverse totales, los enfrentamientos, reales, si no se quieren remediar, remediarlos del único modo posible: visitando al Dr. Love. He visto algunos seres, para mí excepcionales, que, obstinados en una incondicional confianza en lo que

de bueno cada bestia puede dar, consiguen reunir en sus amistades a individuos que no se toleran entre sí. Descubrí esas cosas no porque sucedan sólo donde fui (no porque no ocurran en mi país), sino porque, al irme yo, tuve que empezar todo desde el principio en la nueva ciudad, como si de un renacimiento se tratara, después de no sé qué diluvio. Tuve que darme cuenta de todo otra vez, y vi cómo se construyen los lazos que atan a las gentes entre sí, a las gentes con sus objetos y a los objetos con la memoria de las gentes; a las gentes con sus espacios, con sus habitaciones, con sus casas, con sus calles, con sus tiendas, con sus vendedores, con sus ciudades. Salvo la propia habitación, que uno crea y decora a su manera, no es que todo aquello nazca entonces, sino que nace entonces para uno, que es como si naciera de verdad. Pueblan los estantes de la cocina vasos y tazas que tanto nos dan, pero que guardan con nosotros una relación menos superficial de cuanto se piensa desde el momento en que cada mañana desayunamos en ellas, en cada comida bebemos en ellos. Les damos importan-

cia solamente si establecemos conscientemente algún vínculo particular y los ligamos en el recuerdo a alguien, a un momento, a un hecho, a una sensación, de suerte que al reencontrarnos física o mentalmente con ellos la imaginación se desborda y reconstruye caras, escenas, palabras, espacios, momentos, y se crean nuevas emociones. Pero tales nimios objetos son distintos en cada casa, y un día al coger la taza de la leche por la mañana algo puede hacernos pensar en la taza de la casa donde vivimos tanto tiempo y extrañamente un cúmulo de pequeños detalles y pequeñas sensaciones de entonces -el contacto de los labios con aquella cerámica verde, el olor de madera de aquella silla roída, la forma de la cuchara a que se amolda la mano- nos invadirá durante todo el desayuno. Más. Están ya puestas las calles desde hace siglos, pero sólo al recorrerlas por primera vez existen en la mente, que es donde existe todo, porque lo que no se conoce no existe. Existen los mapas de las ciudades, pero no tienen sentido hasta que, tras andar y desandar sus espacios, uno se los apropia y se configuran los ma-

pas mentales y, luego, se caminan, inventando recorridos, recorridos urbanos que acabarán repitiéndose, llevando siempre a los mismos sitios, pasando por los mismos edificios, por las mismas plazas, y haciendo de esa cotidianeidad otra esencia que luego podrá ser recordada. No es ningún mérito conocer bien una ciudad: nadie admira a quien sabe darle una indicación precisa de una dirección desconocida, pero es algo que lleva tiempo, tiempo y trabajo.

Contengo en mí -aun sin contenerlas por completo, pues nada es abarcable por completo en este mundo- dos ciudades: la mía, y la otra, que ya es mía. Barcelona, y Nápoles, que son, ahora, igualmente conocidas para mí, pese a haber vivido veintiún años en una y en la otra nueve meses. Tengo también dos habitaciones. O más bien las tenía, porque la que dejé en Nápoles -esa media habitación- quedó totalmente desvalijada, vacía, y sé que ahora ya habrá alguien habitándola, convirtiéndola en un universo que, muy probablemente, sólo va a tener que ver con el mío el colchón, el armario y la mesa. Más bien las tenía, porque aho-

ra ya ni mi habitación es mi habitación. Descargué en ella todos mis paquetes (muchos más, y mucho más pesados, que los que llevaba cuando partí), vacié mis maletas, pero mis cosas tardaron en volver a su sitio. Y, aunque me parecía lo contrario, también yo tardé en volver. Me encontré enseguida en casa entre mis nuevas paredes -con la práctica de los viajes se aprende a adaptarse con mayor facilidad y rapidez-, pero había comido demasiado y tardé demasiado en digerir. Las montañas de fotos prolongaron su errabundaje sobre mi mesa durante más de varias semanas, persiguiéndome a todas horas y pidiéndome ser ordenadas, no dejándome avanzar hasta haberlas de nuevo mirado, clasificado, *albumado*. Y apartado. Porque si algo de trágico tiene la existencia es que al dar un paso adelante queda atrás todo lo anterior. Que hay que olvidar -sin olvidar- para avanzar. Y que se avanza y se olvida. Sólo en algunos recodos del camino está permitido pararse a recordar, suspender el tiempo, volver por momentos atrás. Recordar, pese a su carencia de sentido, recordar.

He vuelto a viajar a Italia. Esta tarde. Anduve por el barrio de Gràcia, en Barcelona, y al pasar por la Plaça de la Revolució, me paré en la heladería italiana en que tantas veces me había apetecido sentarme sin haberlo por eso hecho nunca. Vi un montón de gente apelotonada en la entrada y un cartel en el cristal: "Tercera fiesta del helado. 50 % en helados y granizados". "Entro". He entrado. Ya me habían hablado de las regentas del local, y en seguida noto que se me dibuja una sonrisa cuando las veo deambular ajetreadas por detrás de la nevera repleta de mil sabores de helados, paseando su alegría y sus pómulos sonrosados elevados por la simpatía permanente que respiran porque, como ciertas italianas -y eso se sabe sólo conociéndolas-, no saben ser de otro modo. Me quedo un rato observando cómo la gente, por turnos, se pide una tarrina, un *cornetto*, o varios quilos de helado, provisiones para el invierno, porque hoy las dos mujeres cierran esta tienda y se marchan a Italia hasta que vuelva el buen tiempo, el tiempo del helado. Medio a escondidas, pido sólo un café que me tomo en la barra, en dos sorbos y de pie, a la

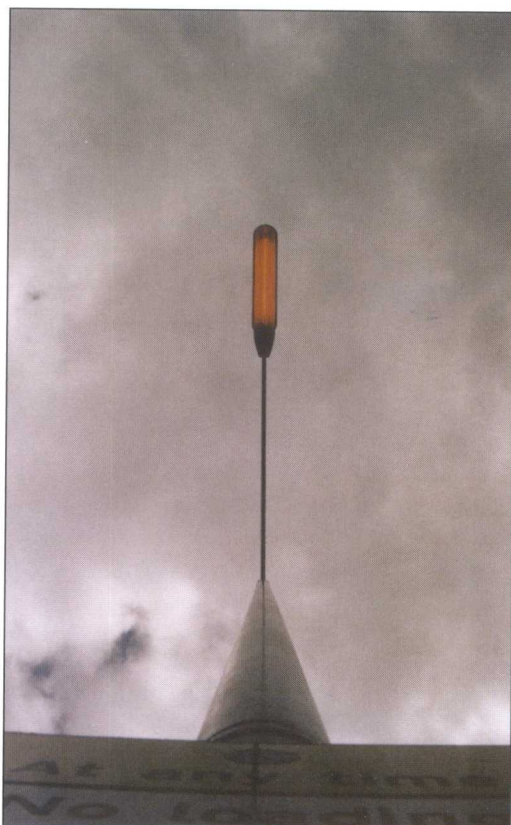
italiana. Sabía que me iba a pasar lo que efectivamente me pasa: el café me ha llegado a las manos en menos de un minuto, aunque no ha habido en la señora -la más anciana de las dos-, por muy veloz que haya sido, ni un gesto precipitado, ni un golpe, ni un ruido de los que suelen amenizar los cafés de atareados camareros que casi sudan estrés. Puede que me haya ayudado la imaginación, pero he creído sentir de nuevo el sabor del café que desde mi vuelta de Italia no había conseguido recuperar. Y he visto así, en una imagen superpuestos, los cafés que allí tomé, en el Caffè dell'Orientale, al lado de la universidad, o en el del Cinema Astra, de antesala *belle époque*, para no dormirme entre los libros o durante una película. Todos los cafés que de algún modo marcaron un hábito y quedaron en mi memoria. Se me ocurre que ya nunca más seré capaz de sentarme en una mesita redonda de mármol y beber a medios sorbos un cortado, haciéndolo durar lo que me dure una charla. Quizás porque ya nunca volveré a tener charlas. Pero sobre todo porque, después de ir a Italia, ya no es éste mi modo de tomar café. Espero -quizás me iluda, porque me queda una

eternidad por delante- no cambiar de costumbre; que sea ésa mi costumbre, y que pueda decir siempre, al tragarme un café, que aprendí a hacerlo así en Italia. Y que Italia esté siempre en todos los cafés, que cada café desate la memoria de aquel tiempo. Ahora sé que siempre que quiera, de marzo a octubre, en esta heladería, podré tomarme un café a la italiana y volverme a sentir allí. Y creo que me va a gustar. Creo que voy a buscarlo a menudo. Más desde que sé, al salir de allí con mi medio litro de helado y habiendo cruzado unas frases con las dueñas -en italiano, claro-, que son, las dos, romanas, madre e hija, nietas de heladero, de heladero napolitano.

XAVIER VALLS GUINOVART

Institución de Origen:
*Universidad de Barcelona,
Facultad de Filología*

Institución de Destino:
*Università degli studi di
Napoli Federico II (Italia)*



NO EXISTE EL CAMINO RECTO

DANNY SÁNCHEZ LÓPEZ

Institución de Origen:
*Universidad de Sevilla,
Facultad de Comunicación*

Institución de Destino:
*University of Birmingham
(Reino Unido)*

RECORDANDO VIENA

Allí estaba yo un primero de octubre como otro cualquiera, inmóvil, frente a la entrada del hotel Maria Theresia. Todavía ahora, escribiendo estas líneas, me recorre un estremecimiento y las lágrimas brotan rebeldes cuando veo alejarse el minibús de la agencia de viajes y en él mi mundo de entonces: el rostro desconsolado de mi madre y la sonrisa de mi hermana, que busca en vano infundir ánimos a un espíritu oprimido por el vacío. Intento secarme los ojos pero inútilmente; las manos no me responden. En un esfuerzo casi sobrenatural, movida por el deseo de acortar la distancia que de

forma inevitable nos separa, logro caminar a lo largo de la calle. Sólo quiero alcanzarlas, aunque no sé cómo ni para qué. El coche se convierte en un punto borroso y todo vuelve a detenerse.

Supongo que recorrí inconscientemente el trayecto que me llevaba al que a partir de ese momento iba a ser mi nuevo hogar: la residencia de estudiantes en el número 89 de la Wurlitzergasse. Durante la última semana de septiembre ya había acudido allí en diversas ocasiones, entre otros motivos para asistir a la reunión que celebró Rommel, el administrador, con el fin de explicar la normativa a los nuevos inquilinos y entregarles las llaves de sus respectivas habitaciones. A primera vista, el edificio parecía todo menos acogedor - quizá fuera ésta la razón por la que, transcurrido un mes, algunas compañeras, y entre ellas la suiza que compartía conmigo habitación en el tercero, decidieran mudarse a otra residencia: tras atravesar la fría entrada pintada de gris había que torcer a la derecha para acceder a las escaleras de piedra que conducían a las diferentes plantas. Contra toda

expectativa, lo primero que hice yo al llegar tras la amarga despedida no fue dirigirme a mi dormitorio. La ropa perfectamente dispuesta en el armario y los libros ordenadamente apilados en el escritorio me recordarían demasiado a mi familia... Fui a visitar a Luisa Menapace, la italiana que vivía en el segundo y que había conocido en la reunión, la misma que después se convertiría en mi amiga inseparable. En su habitación tuvo lugar la primera vivencia de esta experiencia Erasmus: la unión de dos seres completamente extraños por una emoción común, la tristeza.

Las primeras semanas de mi vida en Viena transcurrieron lentamente, entre el colegio mayor -y las constantes llamadas a casa-, el tranvía 43 que me llevaba a diario a la Facultad de Filosofía y Letras y la academia de idiomas de la universidad, donde me había apuntado a un curso de alemán del que estaba más que necesitada. Pero lo que verdaderamente caracterizó estos largos días allí fue la añoranza, la *Heimweh*, que luego vería sufrir a otros. Poco a poco comencé a integrarme en mi nueva familia, una familia mul-

ticultural con la que compartí buenos y peores momentos. Unos llevaban allá mucho tiempo; otros acababan de llegar: había autóctonos y extranjeros, pero para todos ellos la estancia en la ciudad era pasajera. Y si al principio mi único objetivo había sido aprender alemán y mi única esperanza que llegaran las vacaciones de Navidad para poder regresar a España con los míos, después sucedió lo contrario: separarme de las personas que ya eran para mí queridas dolía tanto como aquella primera separación que tuvo lugar frente al hotel Maria Theresia.

Pero, ¿qué tenía Viena para que llegara a aferrarme a ella con todas mis fuerzas? Sin duda sus calles, sus museos, su clima, la belleza de sus palacios y sus parques, de la ópera, el bullicio del *Naschmarkt*, el colorido de edificios como la *Hundertwasserhaus*, el Danubio, el mero acto de entrar en el metro, en el tranvía o en una de sus tabernas y escuchar el dialecto que habla su gente. Todavía recuerdo la pista de patinaje que hay en invierno entre el Parlamento y el Ayuntamiento y los chiringuitos que la rodean, donde por supues-

to el transeúnte puede probar el *Glühwein*, ese vino caliente tan apreciado por los vieneses, y asimismo los lagos cercanos a la ciudad, cubiertos de hielo y rodeados de nieve. O el viaje a Bratislava, con mis amigos Raquel y Behnam; a Hungría, con Zoltan; y en Semana Santa al Südtirol, atravesando ciudades como Innsbruck.

No negaré que desde septiembre del 98 hasta julio del 99 ocurrieron muchas cosas, pero mi memoria ha borrado aquellas que carecieron de significación. No consigo acordarme de los cuadros que contemplé en el Museo Histórico ni de los numerosos aposentos de la emperatriz Sissi; vagamente recuerdo los documentos y fotografías de la casa donde vivió Freud, ahora museo, y me apena pensar en los animales del zoológico que hay en Schönbrunn. Sin embargo, a mi mente acuden con todo detalle imágenes de aquella tarde invernal en que Peter, Behnam, Armin, Raquel y yo, tras un largo y divertido paseo por las calles llenas de nieve y calados hasta los huesos, entramos en uno de los múltiples cafés repartidos por esta maravillosa ciudad con el

fin de calentar, si bien sólo parcialmente, nuestros temblorosos cuerpos, o la noche que fuimos al cine a ver *La vita é bella* y volvimos también empapadas, pero esta vez de lágrimas. Rememoro los paseos por Neuwaldegg y las comidas y cenas que organizábamos en la cocina del tercer piso quienes al cabo de un tiempo ya éramos veteranas allí -pues el flujo de estudiantes era constante- sin otro motivo que una paella, unas cuantas tortillas españolas o unos pasteles cuya receta acabábamos de aprender, los desayunos en comunidad, disfrutando del café y los deliciosos *Brötchen* con mantequilla, e incluso las risas en que estallábamos cuando veíamos aparecer por la puerta a Rob, mi vecino inglés, recién levantado y paseándose por la cocina descalzo preparando su té. ¡Qué diferencia en comparación con los primeros meses! Ignoro cuánto adelgacé cuando sólo me alimentaba de yogur, fruta y sobres de sopa, antes de que la comida española se convirtiera en toda una institución en la Wurlitzergasse.

En ese curso 98-99 llegué a amar tanto Viena como a la gente que allí conocí; cuando echo

la vista atrás veo básicamente **personas**, las mismas que se preocuparon por mí y me cuidaron tras llegar de Italia con media cara paralizada, y también las mismas a quienes consolé en momentos difíciles. Nunca olvidaré al jordano Baker, primo del administrador de la residencia; al estorbótico Buggy, con sus psicodélicos modelos y su alemán incomprensible; a Dirk y la postal de agradecimiento que me envió cuando regresó a Alemania; ni a la polaca Magdalena y su insaciable afán de visitar todos y cada uno de los museos de la ciudad. Quizá esta experiencia Erasmus no tuvo el comienzo deseado aquí en España, pues no llegué a conocer a mi coordinador y sólo una profesora se prestó a convalidar las asignaturas que pretendía cursar en Austria, pero sin ninguna duda ahora volvería a afrontar estas nimiedades, que de una u otra forma tienen solución, por revivir los momentos y emociones que atesoro en mi corazón y nadie ni nada, ni siquiera el tiempo, podrá arrebatarme. Cuando me embarqué en esta experiencia creía tener la madurez suficiente para soportar un año lejos de todo lo conocido. ¡Qué ilusa! Sólo a partir del 7 de julio del 99,

el día de mi regreso, el mismo que intenté retrasar por todos los medios aun siendo la única que quedaba allí, me percaté de la huella que había dejado ese año, el más corto de mi vida. Nada volvería a ser igual: lo que antes había sido mío se hizo extraño y las personas que habían conformado mi existencia hasta octubre del 98 no bastaban para aplacar la desolación que se apoderó de mí. En Viena aprendí a ser independiente sin dejar por ello de ser responsable: en un momento de la vida en que todo parecía un sinsentido, Viena me ayudó a recobrar la confianza en mí misma y en lo que estaba haciendo, me devolvió las ganas de luchar por esa carrera que había estado a punto de abandonar. Un amigo mío de Valladolid me visitó durante la última semana que pasé allí; con él recorrí muchas calles donde, ¡qué vergonzoso!, todavía no había estado. Pero gracias a su visita comprendí que de nada sirven las fotos para acercarnos al pasado o darnos a conocer un lugar: lo que importa es la sucesión de vivencias que te han hecho formar parte de él.

No he vuelto a Viena. Quizá por el miedo de descubrir que ya no queda nada de lo que me

enamoré, quizá porque en el fondo soy consciente de que aquella que conservo en la memoria fue una experiencia irrepetible y me aterra pensar que el ideal que vive en mi mente quede reducido a pedazos. Este verano he culminado los cursos de doctorado con un trabajo sobre la obra autobiográfica del Premio Nobel Elías Canetti. Con su lectura, he caminado de nuevo por Viena, he subido al tranvía, he entrado en las mismas cafeterías donde de vez en cuando repasaba mis apuntes, he vuelto a hablar con su gente y a escuchar su dialecto. Aquél, en su creencia, me ha enseñado a preservar intactos los recuerdos, y es eso precisamente lo que desde ahora voy a hacer.

MARÍA TERESA
ZARRABEITIA MARÍN

Institución de Origen:
*Universidad de Valladolid,
Facultad de Filosofía y Letras*

Institución de Destino:
Wien Universität (Austria)

El concurso estaba dirigido a todas las personas de nacionalidad española que hubieran disfrutado o estuvieran disfrutando de una estancia Erasmus, desde la creación del Programa, en el año 1987, hasta el curso 2002-03.

Dada la calidad de los trabajos presentados y que la Agencia Nacional se reservaba la posibilidad de incluir parte de ellos en un volumen, se decidió recoger en esta publicación una muestra de dichos trabajos, que comprende no sólo los de los ganadores, sino aquellos otros que a juicio del jurado merecían ser publicados.

